

Miguel Ángel Comandi

Hijos de Dios en el Desierto

Las tentaciones de Cristo
en el combate cristiano

El Volcán - San Luis

2018

Comandi, Miguel Ángel

Hijos de Dios en el desierto: las tentaciones de Cristo en el combate cristiano / Miguel Ángel Comandi. - 1a ed. - El Volcán: el autor, 2018.

187 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-42-5933-2

1. Religión . 2. Espiritualidad Cristiana. I. Título.

CDD 248.4

Nihil Obstat

Pbro. Lic. Jorge ORELLANO

10 de enero de 2018

Imprimatur

Mons. Fernando SPALLA

Vicario General – Diócesis de San Luis

12 de enero de 2018

Este libro fue impreso en: "La Imprenta Digital SRL"

www.laimprentadigital.com.ar

Calle Talcahuano 940 Florida, Provincia de Buenos Aires

En el mes de enero del año 2018

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

© 2018 Miguel Ángel Comandi

ISBN 978-987-42-5933-2



9 789874 259332

*“No te pido que los retires del mundo,
sino que los guardes del Maligno”.*

(Jn 17,15)

Prólogo

Creemos que no es posible aproximarse de manera adecuada a la vida de Nuestro Señor Jesucristo y, por ende, a la vida de la Iglesia y a nuestra propia vida cristiana, sin considerar detenidamente el acontecimiento tan significativo y tan sugerente de las *Tentaciones de Cristo en el Desierto*. A lo largo de estas páginas trataremos de evidenciarlo, intentando desentrañar, en la medida de nuestras posibilidades, los rasgos esenciales allí aludidos.

Los tres evangelios sinópticos (San Mateo, San Marcos y San Lucas) contienen expresamente el relato de dicho suceso, de carácter inaugural con respecto a la vida pública de Jesús. San Mateo (4,1-11) y San Lucas (4,1-13) nos han legado una narración extensa y detallada, mientras que San

Marcos (1,12-13) en sólo dos versículos hace una referencia muy breve, pero de mucho relieve también.

San Mateo ubica el acontecimiento entre el Bautismo del Señor y el regreso de Cristo a Galilea, punto inicial donde se cumplen las antiguas profecías. Luego de las *Tentaciones*, San Mateo muestra dicho cumplimiento, con el comienzo del anuncio evangélico:

“Cuando oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea. Y dejando Nazará, vino a residir en Cafarnaúm junto al mar, en el término de Zabulón y Neftalí; para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: ¡Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí, camino del mar, allende el Jordán, Galilea de los gentiles! El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que habitaban en paraje de sombras de muerte una luz les ha amanecido. Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: «Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado.» (Mt 4,1-17)

Inmediatamente después de esa referencia, el Señor comenzará la convocatoria de sus discípulos. Encontramos, por lo tanto, una significativa sucesión entre *Bautismo*, *Tentaciones*

e inicio de la *Vida Pública* de Jesús, junto con una no menos importante alusión a Juan Bautista. En nuestra reflexión haremos algunas referencias a respecto, con el objeto de comprender mejor lo que sucede en el Desierto.

San Lucas, por su parte, sitúa las *Tentaciones* de manera similar a San Mateo, pero, después de narrar el Bautismo, introduce la genealogía del Salvador. Luego de las *Tentaciones* en el Desierto, Jesús vuelve a Galilea, también conducido por el Espíritu como en el caso de su ida al Desierto, y su fama se extiende por toda la región. La primera acción de Jesús tiene relación con las sinagogas de esa zona, y especialmente la de Nazaret. El sábado Jesús va a esa sinagoga y allí leerá la profecía de Isaías:

“Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la

sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.» (Lc 4,17-21)

Al reconocimiento inicial se seguirá un rechazo absoluto por parte de Israel, rechazo y agresividad que prolonga las agresiones del Demonio en el desierto. Así pues, el contexto próximo de las Tentaciones en San Lucas es la Genealogía (ascendente y que concluye en la expresión “*hijo de Dios*”) y esta proclamación mesiánica seguida del rechazo por parte de Israel, dentro del gran marco, por supuesto, definido por el Bautismo y el inicio de la Vida Pública.

Otro rasgo distintivo entre San Mateo y San Lucas es que este último narra las Tentaciones en un orden diverso al primero, invirtiendo la segunda y la tercera, de tal forma que, luego de la tentación de convertir las piedras en panes, le sigue la que tiene lugar en el monte elevado y finalmente la acontecida en el Templo de Jerusalén. En la presente exposición seguiremos el orden habitual de los comentarios, de acuerdo con San Mateo: la primera en el desierto, la segunda en el Templo y la tercera en el monte elevado.

En el caso del relato breve de San Marcos, los dos versículos dedicados al acontecimiento en el Desierto están precedidos por la narración del Bautismo y seguidos por el anuncio del Evangelio y el llamado a los discípulos, de manera similar al esquema ya aludido. Obviamente cada uno de los relatos tiene características propias y distintivas, algunas de las cuales tendremos oportunidad de comentar en el curso de las presentes reflexiones.

Como podemos advertir, el rasgo común de los contextos es la manifestación de la condición divina de Cristo (teofanía trinitaria en el Bautismo) y el anuncio de la Salvación que, por una parte, lleva a la convocatoria de los futuros Apóstoles y, por otra, al rechazo de Israel con respecto al Mesías. Todo ello nos permite aproximarnos mucho mejor a lo sucedido en las *Tentaciones*. Porque no se trata de una mera sucesión narrativa, sino de una cierta lógica interna de los acontecimientos: el Bautismo que deja clara constancia de la condición de Cristo como Hijo de Dios (teofanía trinitaria) y como Redentor (inmersión en las aguas del Jordán), se ordena en cierta manera al Desierto y, una vez manifestado allí el verdadero enemigo de la Redención, Jesús da inicio a su Vida Pública, precisamente ordenada a combatir y a derrotar al Demonio, al Pecado y a la

Muerte, redimiendo a la humanidad, rescatándola de esos tenebrosos poderes.

La Presencia de Jesucristo en el desierto nos admira y nos sorprende, al mismo tiempo que nos ilumina y nos fortalece. En nuestra reflexión queremos destacar que El Señor va al desierto para poner en evidencia a nuestro Enemigo, y mostrarnos así cómo procede el Adversario de la Salvación. Por eso las *Tentaciones* tienen rasgos del todo particulares, y no consisten en un mero padecer las agresiones de Satanás. Es un acto profundamente magisterial, por parte del Salvador, al mismo tiempo que expresa el hecho y el sentido del enfrentamiento entre la Luz y la Tiniebla. Y tampoco se reduce a la manifestación del Enemigo, sino que implica, en un sentido preeminente, la manifestación de Cristo. Él se nos da a conocer en el desierto, nos muestra allí hasta qué extremo nos ama, hasta qué extremo nos capacita para amar.

En las *Tentaciones* convergen grandes acontecimientos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento y sirven de punto fundamental en el desarrollo y comprensión, a la luz de la Fe, de la Vida de la Iglesia. No es un simple suceso del pasado; tiene una profunda incidencia y una marcada realidad en el presente. Desde el Pecado

Original hasta el camino de Israel por el desierto; desde los pecados del pueblo de Dios en Canaán y a lo largo de su historia hasta los enfrentamientos contra Cristo y la Iglesia que el Nuevo Testamento narra de forma expresa e implícitamente sugiere. Desde el comienzo hasta el fin de los tiempos, hasta las luchas definitivas que el Apocalipsis describe e incisivamente enfatiza. Siempre se trata del gran enfrentamiento que San Juan compendia en la magnífica expresión contenida en los primeros párrafos de su Evangelio:

“Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la venció.” (Jn 1,5)

Otra dimensión esencial es que en las *Tentaciones* se pone en evidencia la insoslayable importancia de la Palabra de Dios como arma contra el poder del Demonio y del Pecado. Allí se hace patente el relieve máximo de nuestra condición filial, puesto que nosotros somos tentados también a causa de la profunda aversión que el Demonio nos tiene por ser hijos de Dios. Y cómo la Palabra de Dios es fuente de Vida y de fortaleza para el combate espiritual que se nos presenta y del que necesariamente hemos de participar. En el Desierto está contenida la Pasión del Señor y su triunfo sobre el Pecado y la Muerte.

Allí se muestra con meridiana claridad al Adversario y sus acciones, que en toda la vida y especialmente en el Misterio Pascual del Señor conservarán una singular vigencia, aunque no siempre sepamos verlas. Por eso también es tan importante, tan central este suceso en el Desierto. Acontecimiento enigmático e iluminador, paradójico y profundamente significativo, que conjuga claridad y oscuridad, complejidad y sencillez. Que sabe unir todo el dramatismo implicado en las invectivas del Tentador y toda la serena contundencia de Jesús, Hijo de Dios, Redentor del mundo.

* * *

Finalmente queremos manifestar nuestro deseo de que estas páginas, a pesar de limitaciones y carencias, sirvan de aliciente para el combate espiritual del cristiano. Que puedan iluminar nuestro espíritu y enardecer el corazón. Que sea la Palabra de Dios guía segura y sustento del alma en medio de esta vida, que es desierto y es camino hacia la Jerusalén del Cielo. Queremos agradecer los consejos que hemos recibido para redactarlas y

las enseñanzas de los grandes Maestros de la Fe. Y queremos dedicar esta meditación a quienes son ejemplos preclaros de militancia cristiana y arquetipos ejemplares de cómo se lucha, de cómo se lleva adelante la batalla más importante de la vida, tantas veces librada en medio del silencio, en las honduras de los corazones humildes que aman al Padre celestial, en el secreto del alma que sólo Dios conoce.

P. Miguel Ángel Comandi

1º de enero de 2018

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios

El horizonte desolado del mundo

*Guió a su pueblo en el desierto,
porque es eterno su amor.*

(Sal 136,16)

Cuando la liturgia del primer domingo de cuaresma extiende cada año ante la mirada cristiana el horizonte del desierto, la dirige hacia los fundamentos mismos de su existencia. El cristiano es incomprensible sin el desierto. En primer lugar, por lo que el desierto significa en la Revelación bíblica. Porque no es simplemente un espacio, un lugar físico, una extensión geográfica de singular topografía. Porque siendo así ese ámbito característico, se constituye como un signo, de primer nivel, de significación crucial e ineludible para el creyente. Y ello, sobre todo, porque Cristo, luego de sumergirse en las aguas del Jordán, realizando aquel signo tan misterioso y tan

salvífico y antes de iniciar su ministerio público, se dirige allí, al desierto. Es “arrojado” [ekballei] (Mc 1,12) a ese ámbito enigmático, según el fuerte verbo de San Marcos. Y es el Espíritu Santo quien allí lo arroja, quien lo conduce por las soledades inmensas, signo de este mundo perdido y alejado de Dios; mundo condenado irremisiblemente si no fuera por la fuerza infinita de la misericordia divina.

No podemos contemplar la Pascua –ya la celebrada en el tiempo, ya la definitiva y eterna– sin ver antes el horizonte desolador del desierto en el que el Hijo de Dios también se sumerge hasta lo más profundo. Porque el desierto que recorre Jesucristo es el mismo que recorreremos nosotros. Pero no solemos advertirlo. Y es de máxima necesidad hacerlo. La vida cristiana, como trataremos de evidenciarlo en estas páginas, transcurre en el desierto. Constantemente. Necesariamente. Y es un camino ordenado hacia la Pascua. No sólo porque la liturgia así lo propone, sino que lo propone porque así es nuestra existencia como hijos de Dios. Jesucristo atraviesa por el signo bautismal de Juan y, de inmediato, va al desierto. Luego regresa. Pero el mundo es un desierto. Sólo el Cielo es Patria. Lo demás, es camino hacia la Patria. Y lo que no es Patria, es

desolación. Pero desolación templada, atemperada por la Presencia del Hijo de Dios, que la recorrió antes que nosotros y con nosotros que somos su Cuerpo. Templada también, como no decirlo, por la patria temporal, signo de la eterna que, en palabras de Bernárdez, “*Dios fundó sobre la Tierra para que hubiera menos llanto y menos luto*”.¹ La tierra de nuestros padres, que debe evocar para nosotros la Casa de nuestro Padre celestial. Y no es casual que paternidad y patria, tanto en su concepto como en su realidad, sean objeto de agresión, de destrato, de indiferencia y de minusvaloración o incluso desprecio, por el mundo que opera bajo los oscuros designios del Tentador. Porque corrompido el signo, no se alcanza el significado; arruinando la figura, se desdibuja el sentido de la realidad plena.

Contemplando el panorama seco y estéril, que evoca con fuerza inaudita los poderes del Pecado y de la Muerte, nuestra mirada se dirige más arriba, más lejos. La Jerusalén celestial es el fin, el objetivo del viaje, la meta suprema a la que Dios nos invita. Jamás debemos olvidarlo, aunque con frecuencia sucumbimos a ese olvido, seducidos

¹ F. L. BERNÁRDEZ, *Poemas elementales*, La Patria.

por las cosas de la Tierra que no es Patria, sino desierto.

Los antiguos cánticos de Israel veían esto con claridad meridiana, especialmente en medio del destierro, anhelando la Patria perdida, cerradas las gargantas y los labios por angustias demasiado hondas para entonar notas de alegría en un mundo hostil.

*“¿Cómo podríamos cantar
un canto de El Señor
en una tierra extraña?
¡Jerusalén, si yo de ti me olvido,
que se seque mi diestra!
¡Mi lengua se me pegue al paladar
si de ti no me acuerdo,
si no alzo a Jerusalén
al colmo de mi gozo!”* (Sal 136,4-6)

El cristiano no se dirige simplemente hacia la Patria celestial. Su camino es un camino de retorno. Regresa a la Casa del Padre, de la que jamás debió partir, al dilapidar la herencia como hijo pródigo, y experimentar el despojo consecuente al pecado haciendo que el desierto más terrible sea su propio corazón, vacío y, tantas veces, convertido en piedra, como las rocas que

pueblan la desolación. Y por eso no debe olvidarse de Jerusalén.

Olvidar o recordar, en la Escritura, es algo de enorme importancia, de máximo relieve en relación con Dios. Se nos muestra el desierto, es verdad, y por él caminamos, pero por él regresamos al origen. Olvidarlo, olvidar que el fin del camino es la Casa del Padre, impediría el retorno. El profeta Ezequiel, en uno de los capítulos más hermosos, más dramáticos, audaces y elocuentes de la Escritura (Ez 16) narra simbólicamente la historia de Israel, que es también la nuestra, la de la humanidad. Y hace allí mención, de manera incisiva, al ingrato olvido de Israel, que deja de lado su origen en la misericordia de Dios que lo salva, que lo hace vivir, que se une por el Amor. No podemos transcribir más que algunos versículos, que muestran la conmovedora alternativa entre el amor y la ingratitud, entre el acordarse de Dios y el olvido de Israel, hasta que Israel también se acuerde de quien le ha dado el ser:

“Cuando naciste, el día en que viniste al mundo, no se te cortó el cordón, no se te lavó con agua para limpiarte, no se te frotó con sal, ni se te envolvió en pañales. Ningún ojo se apiadó de ti para brindarte alguno de

estos menesteres, por compasión a ti. Quedaste expuesta en pleno campo, porque dabas repugnancia, el día en que viniste al mundo. Yo pasé junto a ti y te vi agitándote en tu sangre. Y te dije, cuando estabas en tu sangre: «Vive», y te hice crecer como la hierba de los campos [...] Entonces pasé yo junto a ti y te vi. Era tu tiempo, el tiempo de los amores. Extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice Alianza contigo –oráculo de El Señor Dios– y tú fuiste mía [...] (Ez 16,4-8)

Pero Israel usa los dones de Dios para ofenderlo; se pervierte al extremo, se olvida del Señor y del amor con que la ama. Dios le recuerda toda la extensión de su pecado, pero, sobre todo, le recrimina haberlo olvidado:

“Y en medio de todas tus abominaciones y tus prostituciones no te acordaste de los días de tu juventud, cuando estabas desnuda por completo, agitándote en tu sangre. [...] Porque no te has acordado de los días de tu juventud [...] (Ez 16,22.43)

No obstante, al fin, el amor de Dios triunfa. Perdona a su Pueblo, restablece con él su alianza,

pero no como la antigua, sino otra, la Alianza Nueva y Eterna que será sellada en la Sangre del Cordero:

Pero yo me acordaré de mi Alianza contigo en los días de tu juventud, y estableceré en tu favor una Alianza Eterna. Y tú te acordarás de tu conducta y te avergonzarás de ella” (Ez 16,60-61)

El cristiano no ingresa en el desierto del mundo ni desorientado ni perdido ni por casualidad ni por azar. Tampoco Cristo fue al desierto de esa manera, sino bajo la conducción del Espíritu, guiado por Él, en perfecta obediencia al Padre. Y así sucede con nosotros, con los hijos de Dios:

“En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.” (Rom 8,14).

El cristiano tiene siempre la mirada fija en la Jerusalén celestial y todo lo que contempla debe recordarle su condición de peregrino y extranjero. Sólo el pensamiento y el amor a la Patria es capaz de fortalecernos en el fatigoso andar por estos desolados parajes, evitando el desánimo y la falsa ilusión, el fatídico espejismo de confundir camino

y meta. En el horizonte del desierto se va dibujando progresivamente la Cruz del Señor y, más allá, pero sólo a través de ella, la Resurrección.

Y porque podemos olvidarnos de esto, el inicio de la Cuaresma nos lo recuerda: “eres polvo y al polvo retornarás”. Hay una insistencia en “recordar” nuestra condición, en no olvidar lo que somos, de dónde hemos salido y hacia donde nos dirigimos. En cierta manera el polvo del Miércoles de Ceniza se confunde con la sequedad del desierto en el primer Domingo de este tiempo crucial. La liturgia nos muestra la realidad de la vida, del tránsito por el mundo. El Padre Leonardo Castellani, en una conocida reflexión cuaresmal, afirmaba:

“Polvo tenemos en los ojos, polvo de la tierra nos tiene ciegos. Polvo son las riquezas, polvo son los honores, polvo son los placeres; polvo enceguedor que nos impide ver. Mas la Iglesia, Madre nuestra ansiosa por sanarnos, Esposa de Cristo poderosa para sanarnos, nos echa este día un puñado de polvo a la cara, y a imitación de su Divino Maestro dice a los pobres ciegos: “Con lo mismo que te enfermó, yo te sano. Pero no con lo mismo: porque el polvo solo, el polvo

de la tierra, no sirve para sanar, sino para enfermar más, si no se le mezcla la saliva de un Dios, es decir, la palabra de Dios”. Y la Iglesia mezcla a este polvo de la tierra una palabra de Dios, una palabra tomada del Libro del Génesis, una palabra sencilla, verdadera y cáustica. “¡Hombre, acuérdate que polvo eres y que al polvo volverás!” (Gn 3,19)”²

Las cosas que nos circundan pueden seducirnos, pueden desdibujar la condición desértica del peregrinaje. Puede ser fácil confundir así el destino y poner el corazón en lo que nos rodea, abandonando la dirección hacia el Cielo. La contemplación del desierto nos habla de la realidad, oculta frecuentemente bajo apariencias que pretenden ocupar un sitio que no les corresponde. Y nada más fatal que confundir realidad y apariencia, tomando una por la otra. No es otra la tentación de idolatría a la que Israel sucumbió tantas veces. Seducido por lo que parecía divino, siendo vanidad, dejó de lado al Dios invisible, al Único Verdadero, a la Verdad misma, a la Realidad Plena. Y así, olvidando que era peregrino por un desierto, amó las apariencias y

² L. CASTELLANI, *Cristo, ¿vuelve o no vuelve?*, p. 142.

despreció la realidad. Porque no se trata simplemente de saberse en el desierto, sino de estar y caminar por él como peregrino, es decir, en busca de la Patria. La Tierra que manaba leche y miel (Ex 3,8) era, sobre todo, un signo, pero no el descanso definitivo:

“Porque si Josué les hubiera proporcionado el descanso, no habría hablado Dios más tarde, de otro Día. Por tanto, es claro que queda un descanso sabático para el pueblo de Dios.”
(Heb 4,8-9)

No hay auténtico descanso en el desierto. Es tierra de paso. Y si el cristiano no comprende que su camino por este mundo es transitorio, corre el peligro de buscar el Cielo en la Tierra:

“Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¿somos los más dignos de compasión de todos los hombres?”
(1 Cor 15,19)

El Apóstol advierte con énfasis acerca de estos peligros que nos asedian, a nosotros, *“ciudadanos del Cielo”*, todavía peregrinos por el mundo, pero diferentes a quienes tienen la mirada puesta sólo en las cosas de aquí:

“no piensan más que en las cosas de la tierra. Pero nosotros somos ciudadanos del Cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas.” (Flp 3,19-21).

Es el Misterio Pascual el acontecimiento que nos sitúa en un ámbito particular, teológico, místico. Muertos y ocultos en Cristo, vivos para Dios, con la mirada del alma puesta en la Patria, en la Jerusalén celestial. Y así el peregrinaje debe ser coherente con nuestro “ser cristiano”.

“Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él.” (Col 3,1-4)

Insondable misterio que llevamos en nuestros pobres corazones. Porque misterio insondable es la vida cristiana, estando en el

mundo, pero no siendo del mundo, hostilizados por el Enemigo, pero victoriosos en Cristo.

“No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo, como Yo no soy del mundo.” (Jn 17,15-16)

Estar en el mundo sin ser del mundo es el gran desafío. Es el modo en que Cristo vivió entre nosotros. No ser del mundo es no vivir para el mundo, pero antes que eso, es haber sido engendrados por Dios, es haber recibido el ser sus hijos. No pertenecemos al mundo; nuestras raíces no están aquí. Por eso el cristiano no se aferra a las cosas y ve con claridad que atraviesa un desierto. No se echa raíces en un desierto, no se espera mucho de él. Es un ámbito muy significativo porque allí queda tan claro que la vida y la fuerza proviene de Dios y no de la tierra. Ámbito donde es máximamente necesaria la confianza en Dios, la esperanza en su auxilio, la fe en su Presencia. Y, sobre todo, el Amor. Porque el desierto es un ámbito, enigmático pero real, para el Amor.

La intensidad del desierto, real y significativa, no puede ser ignorada. Podríamos decir que es un ámbito esencial. Allí, los apoyos humanos decaen, lo superficial se desdibuja, lo

fundamental se ve más claro. Lugar de encuentro con Dios y de lucha contra el Enemigo. Ámbito de prueba, de tentación, de combate, donde nada distrae la mirada y donde las cosas adquieren sus correctas proporciones. La percepción se agudiza y se concentra, mientras la desolación rodea al creyente, situado ante el poder de Dios y frente a las oscuras fuerzas del mal. Ámbito necesario e inevitable, porque lo que allí sucede continúa vigente en todos los demás, donde el combate esencial puede no aparecer con tanta claridad.

Israel en el Desierto

Y Él cambia el desierto en un estanque, y la árida tierra en manantial.

(Sal 107,35)

Israel sabe que el desierto es enorme y temible (Dt 1,19). Lo identifica frecuentemente con un lugar mortal, hasta el punto de que prefiere quedarse en Egipto. El Israel pecador no deja de mirar hacia atrás, hacia la Tierra de Esclavitud. Se resiste a experimentar la libertad de los hijos, prefiriendo la sujeción de los esclavos. Mira la muerte que lo aguarda en el desierto, pero no ve la Vida que Dios, en ese lugar de desolación, le concede. Mira hacia atrás, como siglos antes había mirado hacia atrás la mujer de Lot, arraigado su corazón en la Ciudad del Pecado. El corazón del Israel pecador es más duro y más estéril que

aquella proverbial columna de sal en la que se convirtiera la siniestra mujer. Porque la verdadera esclavitud es esa, la del corazón, aún cuando el cuerpo no esté aprisionado ni por hierros ni por cadenas. Aunque el mundo le pertenezca y goce de una aparente libertad y dominio, lejos de Dios, es esclavo, prisionero de las Tinieblas. Por ese motivo caduca aquella “generación del desierto”, porque ya estaba muerta antes de partir, porque constantemente se resiste a recibir la Vida.

Lo acontecido en el desierto evidencia lo que en Egipto se ocultaba: “*¿Acaso no había sepulturas en Egipto para que nos hayas traído a morir en el desierto?*” (Ex 14,11) le dicen a Moisés. Israel no quiso reconocer que Dios lo conducía como se lleva a un hijo amado:

“en el desierto, donde has visto que El Señor tu Dios te llevaba como un hombre lleva a su hijo, a todo lo largo del camino que habéis recorrido hasta llegar a este lugar.” (Dt 1,31).

Es verdad que el desierto es grande y terrible, que es un lugar de muerte, pero es allí donde Dios otorga una vida nueva:

“El Señor tu Dios que te sacó del país de Egipto, de la casa de servidumbre; que te ha

conducido a través de ese desierto grande y terrible entre serpientes abrasadoras y escorpiones: que, en un lugar de sed, sin agua, hizo brotar para ti agua de la roca más dura; que te alimentó en el desierto con el maná, que no habían conocido tus padres, a fin de humillarte y ponerte a prueba para después hacerte feliz.” (Dt 8,14-16).

Esto es lo que Israel no debe olvidar, y es precisamente lo que olvida. Hay algo desconocido, una vida que Israel no tenía en Egipto, una vida que Israel rechaza, que no acepta, que le parece despreciable:

“Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: ¿Por qué nos habéis subido de Egipto para morir en el desierto? Pues no tenemos ni pan ni agua, y estamos cansados de ese alimento miserable.” (Num 21,5).

El desierto es para Israel el ámbito de la prueba, de la “tentación” en el sentido bíblico de esa palabra, más denso y más amplio que el habitual entre nosotros. Dios lleva a su Pueblo hasta el límite, lo somete a durísimas pruebas, le hace ver que sin Él nada puede. No es un mero castigo, aunque también lo castiga por su

infidelidad. Es la realidad que Jesús llevará a su punto culminante en la Plenitud del tiempo:

“Separados de Mí, no podéis hacer nada” (Jn 15,5).

Separado de Dios, Israel nada puede, nada es. No tiene existencia, se diluye, se disuelve, desaparece, muere. Pero el Pueblo de Dios no solamente depende de la bondad divina en su ser más radical, sino que debe advertirlo, debe darse cuenta, necesita saber que depende de Dios. Como nosotros también. El cristiano lleva ese principio a su expresión más crucial. Porque el único que lleva todo al límite más absoluto es Cristo. Nos salva llegando al límite, al Amor extremo, total, perfecto. Y así, quien es la Vida se entrega a la Muerte, para dar Vida a quienes estábamos muertos, a la humanidad condenada y envuelta en las peores tinieblas, en las oscuridades máximas. Quienes, en la persona de Adán y de Eva quisimos transgredir el límite en el Jardín de Edén, pretendiendo ser como dioses, somos salvados por el Hijo de Dios, infinito en perfección, ilimitado, que asume el límite de nuestra humanidad y de la muerte para darnos vida.

El desierto pone en evidencia toda la oscuridad de Israel ante la luz de Dios. Admirable

al mismo tiempo que aguda convergencia. Esa es la historia de la salvación: la historia del pecado de los hombres y de la misericordia de Dios. La historia de un peregrinaje dramático y glorioso, oscuro y lleno de luz, insondable paradoja y misterio digno de la más profunda y atenta admiración.

Pero se cierne sobre el Israel pecador, sobre esa “*generación perversa y tortuosa*” (Dt 32,5) una tremenda amenaza, que va a cumplirse inexorablemente. El despreciar a Dios conduce a la muerte y así, Israel se convierte en un signo, parecido al de la mujer de Lot, pero más elocuente todavía. No ya un hombre o una mujer, sino todo un pueblo, el Pueblo de Dios –dolorosa y punzante paradoja– va a quedar tendido en el desierto, como testimonio de incredulidad.

“Por haber murmurado contra mí, en este desierto caerán vuestros cadáveres, los de todos los que fuisteis revistados y contados, de veinte años para arriba. Os juro que no entraréis en la tierra en la que, mano en alto, juré estableceros. Sólo a Caleb, hijo de Yefunné y a Josué, hijo de Nun, y a vuestros pequeñuelos, de los que dijisteis que caerían en cautiverio, los introduciré, y conocerán la tierra que vosotros habéis despreciado.”

Vuestros cadáveres caerán en este desierto, y vuestros hijos serán nómadas cuarenta años en el desierto, cargando con vuestra infidelidad, hasta que no falte uno solo de vuestros cadáveres en el desierto. Según el número de los días que empleasteis en explorar el país, cuarenta días, cargaréis cuarenta años con vuestros pecados, un año por cada día. Así sabréis lo que es apartarse de mí.” (Num 14,29-34)

Y así llega a su triste cumplimiento lo que Dios había anunciado:

“Se encendió la ira de El Señor contra Israel y los hizo andar errantes por el desierto durante cuarenta años, hasta que se acabó toda aquella generación que había obrado mal a los ojos de El Señor.” (Num 32,13)

Un año de desierto por cada día de exploración en la Tierra de la Promesa, por cada día despreciado por Israel. Justo escarmiento y contundente signo. El Salmo 106, magnífico trazado sobre la historia de la salvación, reprocha a Israel su olvido culpable y su valoración tan negativa de los bienes que Dios le ofrecía. Basta enumerar algunos versículos para comprender lo

que había sucedido y lo que tantas veces vuelve a suceder:

“nuestros padres, en Egipto, no comprendieron tus prodigios. No se acordaron de tu inmenso amor, se rebelaron contra el Altísimo junto al mar de Suf.” (v. 7); *“Mas pronto se olvidaron de sus obras, no tuvieron en cuenta su consejo;”* (v. 13); *“Olvidaban a Dios que los salvaba, al autor de cosas grandes en Egipto,”* (v. 21); *“Una tierra de delicias desdeñaron, en su palabra no tuvieron fe;”* (v. 24).

El incisivo “olvidar”, el permanente e intenso “no acordarse” que resuena en el Salmo, muestra la gran impiedad de Israel, su voluntad aferrada en separarse de Dios. Pero finalmente queda subrayada la misericordia divina, tema que abre y cierra el Salmo, porque mientras Israel se olvida, Dios se acuerda de su Alianza:

“Se acordó, en favor de ellos, de su Alianza, se enterneció según su inmenso amor;” (v. 45).

Israel queda tendido en el desierto. Los huesos dispersos se secan bajo el ardiente sol, la Muerte extiende su manto fatídico e irreversible.

Pero el triunfo definitivo es de Dios, y no de la Muerte. Aunque en otro contexto, es plenamente válida aquella estremecedora visión de Ezequiel, cuando contemplando la muerte del Pueblo de Dios, el Señor le pregunta incisivamente:

“Hijo de hombre, ¿podrán vivir estos huesos? Yo dije: Señor Dios, Tú lo sabes.” (Ez 37,3).

Y así, por la palabra profética, aquellos huesos revivirán:

“Yo profeticé como se me había ordenado, y el espíritu entró en ellos; revivieron y se incorporaron sobre sus pies: era un enorme, inmenso ejército.” (Ez 37,10).

La muerte se convierte en vida y la caducidad irremediable, bajo la fuerza infinita del Espíritu, abandona su presa. El Espíritu triunfa, la Palabra resulta victoriosa, el desierto cobra vitalidad insospechada, como lo señala exultante Isaías:

“Al fin será derramado desde arriba sobre nosotros espíritu. Se hará la estepa un vergel, y el vergel será considerado como selva.” (Is 32,15); “Que el desierto y el sequedal se alegren, regocíjese la estepa y florezca como flor [...] Pues serán alumbradas en el desierto aguas, y torrentes en la estepa, se trocará la

tierra abrasada en estanque, y el país árido en manantial de aguas. En la guarida donde moran los chacales verdeará la caña y el papiro.” (Is 35,1.6-7).

Pero tales palabras sólo se harán realidad siglos después, con la Encarnación del Verbo, al asumir nuestra pobre naturaleza y pisar con sus pies de carne el polvo reseco de nuestro desierto.

No hay casualidad en que Israel estuviera cuarenta años en el desierto y Jesucristo cuarenta días. Es la misma cuaresma. Pero la diferencia es abismal. A la constante infidelidad del Pueblo de Dios, se sucede la obediencia total del Hijo al Padre que lo ha enviado. Él es la Palabra que hace revivir lo que estaba muerto, quien, conducido por el Espíritu, vuelve fecundo con sus pasos lo que había sido condenado por las oscuras fuerzas de la Muerte. Israel ve clausurado el ingreso a la Tierra de la Promesa. Este es un signo potente y misterioso. La gran cuaresma antigua parece absorber al Pueblo de Dios, que no alcanza la meta de sus peregrinaciones. La Tierra Santa se muestra humanamente inaccesible y evoca, en cierta forma, la inaccesibilidad del jardín de Edén, luego del pecado. El camino por el desierto parece ser un peso demasiado grande para sobrellevar. Y las

fuerzas decaen y la debilidad deja huellas muy hondas en el corazón de Israel. El Pueblo de Dios se hunde en el desierto, no logra avanzar, sucumbe ante los poderes de la Oscuridad, se niega a recibir la Vida. Ha sido liberado de la esclavitud en Egipto, pero, para muchos, las cadenas que siguen esclavizándolos no se ven porque están en lo más hondo del corazón.

Porque no es posible atravesar la cuaresma sin Cristo. Porque las fuerzas que impiden el acceso a la Tierra Santa son demasiado poderosas para un pueblo pecador. El camino hacia la Tierra de la Promesa no está clausurado por geografías, por ríos o mares, por desiertos o montañas. No está cerrado por pueblos aguerridos y numerosos. Todo eso es verdad, sin lugar a duda. Pero el camino está cerrado, fundamentalmente, por el Pecado, y sólo Cristo lo vence. Todos aquellos obstáculos no son sino pálidos reflejos del gran Obstáculo, del verdadero Impedimento. Y por eso, el caminar de Cristo esos cuarenta días, en perfecta fidelidad al Padre, es la puerta de la única vía de salvación. Sólo Él, realmente, concluye el camino iniciado en la primera de las Pascuas. Porque Moisés escribió de Cristo (Jn 5,46), porque hacia Él dirigió la esperanza definitiva. Y sólo desde este ángulo puede comprenderse cómo, en Cristo, y sólo en Él,

Moisés y el Pueblo de Dios, el verdadero Pueblo de Dios, alcanza la Tierra de la Promesa, como todos los justos del Antiguo Testamento:

“Y todos ellos, aunque alabados por su fe, no consiguieron el objeto de las promesas. Dios tenía ya dispuesto algo mejor para nosotros, de modo que no llegaran ellos sin nosotros a la perfección.” (Heb 11,39-40)

Notable afirmación de la Carta a los Hebreos. Los justos antiguos entraron, ciertamente, a la herencia que Dios les tenía reservada, pero “no sin nosotros” es decir, no al margen del Nuevo Testamento, no por un camino diverso al de Cristo, porque Él es el Camino. Y es sintomático que, luego de la sentencia divina por la que Israel tendría que aguardar cuarenta años en el desierto, se haga un intento de ingreso, en contra de la voluntad divina. Intento que termina en el más atroz de los fracasos (Nm 14,40-45).

Otro rasgo singular y muy significativo es que Moisés no ingresa en la Tierra Santa. Parece sucumbir, también él, al impedimento que detiene a los israelitas que habían caído en el desierto. De hecho, el gran líder del Pueblo de Dios, el gran enviado y salvador, no entrará. Sólo podrá contemplar la Tierra de la Promesa, desde lejos,

desde lo alto de la montaña. No hay palabra alguna de Moisés en el último capítulo del Deuteronomio, conclusión del Pentateuco, donde se narran sus últimos momentos. Sólo la acción divina que le muestra, que le hace ver la extensión de la promesa:

“Moisés subió de las Estepas de Moab al monte Nebo, cumbre del Pisgá, frente a Jericó, y Yahveh le mostró la tierra entera: Galaad hasta Dan, todo Neftalí, la tierra de Efraím y de Manasés, toda la tierra de Judá, hasta el mar Occidental, el Négueb, la vega del valle de Jericó, ciudad de las palmeras, hasta Soar. Y Yahveh le dijo: Esta es la tierra que bajo juramento prometí a Abraham, Isaac y Jacob, diciendo: A tu descendencia se la daré. Te dejo verla con tus ojos, pero no pasarás a ella. Allí murió Moisés, servidor de Yahveh, en el país de Moab, como había dispuesto Yahveh. Le enterró en el Valle, en el País de Moab, frente a Bet Peor. Nadie hasta hoy ha conocido su tumba.” (Dt 34,1-6)

Tal vez, esa mirada indescriptible de Moisés sobre el objeto de las Promesas, sea una contemplación mística y a la lejanía de los siglos, del cumplimiento total en Cristo. No se trata

simplemente de contemplar la geografía, el territorio, sino el don de Dios. Es magistral que el narrador de este pasaje no diga una sola palabra sobre los sentimientos o pensamientos de Moisés. Su silencio es más elocuente y más perfecto. El que hablaba con Dios *“cara a cara, como habla un hombre con su amigo”* (Ex 33,11) ahora, en el momento más trascendental de su vida, guarda el más absoluto silencio.

Lo importante es su mirada, porque mirar es, en cierta manera, poseer, aceptar, recibir. Moisés no pasa físicamente a la Tierra Prometida, pero la posee en la fe. Y, hasta podríamos notar que no se trata solo de su mirada, sino de que es Dios quien lo hace mirar, es Él quien le muestra la Tierra, como en otro tiempo le había hecho levantar la vista a Abraham:

“Dijo El Señor a Abram, después que Lot se separó de él: Alza tus ojos y mira desde el lugar en donde estás hacia el norte, el mediodía, el oriente y el poniente. Pues bien, toda la tierra que ves te la daré a ti ya tu descendencia por siempre.” (Gn 13,14-15)

Así pues, Israel en el desierto es un gran signo, imprescindible e insoslayable, que nos hace contemplar la fuerza del Pecado y el poder de la

Misericordia, que nos hace descubrir a la distancia, aquella plenitud en Cristo, la plenitud de un ámbito misterioso que nos conduce hacia la Patria celestial.

El Descenso divino en el Jordán

*El fondo del mar quedó a la vista, los
cimientos del orbe aparecieron, ante
tu imprecación, Señor, al resollar el
aliento en tus narices.*

(Sal 18,16)

Al principio de los tiempos, mientras la oscuridad rodeaba los abismos y densas tinieblas parecían impenetrables, el Espíritu de Dios sobrevolaba por encima de las aguas. Y la Palabra de Dios era pronunciada con máxima eficacia para que la Luz comience a brillar sobre el mundo. El agua, el Espíritu, la Palabra, la Luz y la Vida, Dios y el mundo, las tinieblas separadas de la Luz, todo ello constituye un espectáculo impactante donde podemos descubrir un misterioso y primer signo bautismal. La incisiva conjunción de elementos capitales y de tanta densidad teológica, ya nos habla de lo que sucedería siglos más tarde: la

Nueva Creación, la salvífica inmersión de Cristo, el Verbo hecho carne, en las aguas del Jordán, descendiendo en el que “desciende”, tal como el mismo nombre del río lo indica.

Israel va al desierto, pero atravesando por las aguas del Mar, luego de celebrar la Pascua, descendiendo para ascender hacia la Tierra de la Promesa. La dimensión bautismal de estos acontecimientos no puede y no debe soslayarse. Y tampoco podemos eludir lo significativo de que Jesucristo baje a lo profundo de las aguas, recibiendo el Bautismo de Juan, antes de encaminarse al desierto. Se trata de un hecho de singular magnitud. Porque el Bautismo que administraba Juan era de conversión, para que Israel se dispusiera a recibir al Mesías, para que, arrepintiéndose de sus delitos, diera lugar allí al Salvador.

Y es el propio Jesucristo quien se somete a tal signo. Juan es el primero que advierte lo que parece incompatible con la condición mesiánica del Señor y se resiste a bautizarlo.

“Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde se encontraba Juan, para ser bautizado por él. Pero Juan trataba de impedirselo diciendo: Soy yo el que necesita

ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Jesús le respondió: Déjame ahora, pues conviene que así cumplamos [plerosai] toda justicia. Entonces lo dejó.” (Mt 3,13-15)

Todo el Antiguo Testamento se admira en la admiración de Juan, que lo representa. Las profecías hablaron de Cristo y de sus misterios, delinearon lo que sucedería siglos después con la Encarnación del Verbo. Vislumbraron el acontecimiento más admirable de la historia y entrevieron su significado. Pero la realidad superaba lo que las figuras sólo imperfectamente podían dibujar. El Antiguo Testamento necesita de Cristo, necesita ser sumergido en Él y sólo así cobra sentido. Pero Jesucristo, a su vez, quiere sumergirse en las profecías antiguas, en la Ley de Moisés, en los justos que lo precedieron. “*Novum in Vetere latet et in Novo Vetus patet*” decía San Agustín con su proverbial sabiduría.³ Cristo está latente, está sumergido, oculto en la Revelación Antigua. Debía llegar el Tiempo, la plenitud del Tiempo, para que emerja de aquellas profundidades, para que también todo lo antiguo brille con su Luz y viva con su Vida. Más

³ “El Nuevo está latente en el Antiguo y en el Nuevo el Antiguo está patente”. S. AGUSTÍN, *Cuestiones sobre el Heptateuco*, II, 73.

precisamente, ese emerger es el que constituye la Plenitud del Tiempo, esa salida de la oscuridad que en el Antiguo Testamento lo envuelve, hace que la historia alcance su punto culminante.

La respuesta de Jesús hace referencia al misterio del plan divino de salvación. Es necesario que eso suceda, que descienda a la profundidad del mar. Él no lo necesita, pero nosotros sí que necesitamos ser rescatados de esas honduras. Es necesario “*cumplir toda justicia*”, porque la justicia significa la vida conforme a la voluntad de Dios. Y Jesucristo no ha venido sino para cumplir esa voluntad, agradando al Padre en todo, para la Redención del mundo. Ese “cumplir” no es un mero hacer lo que se manda, sino llevar a plenitud el Plan de Salvación, las figuras antiguas, los anuncios de los profetas que hablaron bajo la inspiración de Dios.

El signo bautismal es un signo mortal, es la Pasión misma, hasta la muerte. Pero también, como en la Pasión, no termina todo en la muerte. Jesús asciende desde aquellas profundidades abismales y así nos hace ascender con Él, purificados, justificados, agradables al Padre, semejantes a Él, hijos de Dios en el Padre, el Hijo y

el Espíritu Santo, sumergidos en la Trinidad, viviendo en la Trinidad.

Tiempo después, los Apóstoles también se resistirán a que Jesucristo atravesase por el sufrimiento: “*¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!*” (Mt 16,22) le dice Pedro con énfasis luego de que el Señor anunciara su Pasión, Muerte y Resurrección. Todavía no habían comprendido lo que Isaías afirmó siglos atrás:

“Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus heridas hemos sido curados.” (Is 53,5).

No obstante, ya confirmado en la Fe, Pedro se acordará de aquello y comprenderá lo que había dicho el profeta, citándolo en su Primera Carta para referirse a la Pasión de Cristo “*con cuyas heridas habéis sido curados.*” (1 Pe 2,24).

Pero uno de los momentos cruciales del Bautismo del Señor, y con una especial relación al acontecimiento del desierto, es la Voz del Padre, en la poderosa epifanía trinitaria que allí tiene lugar: “*Este es mi Hijo amado, en quien me complazco*” (Mt 3,17). Quien va al desierto es el Hijo de Dios. En el desierto, el Enemigo usará esos mismos

términos, de modo condicional: “*Si eres hijo de Dios*” (Mt 4,3.6). Es cierto que Jesucristo no recibe la condición filial en el Bautismo, sino que es Hijo, por naturaleza, desde toda la eternidad. Pero en la escena bautismal se manifiesta para nosotros, de una manera muy solemne, al escuchar el testimonio del Padre y descender sobre Él el Espíritu Santo.

Al recibir el Bautismo, participamos de esa condición filial, de la que carecíamos desde el inicio mismo de nuestra existencia. Y por ser hijos, también somos guiados por el Espíritu al Desierto, para iniciar el combate que nos aguarda. El Bautismo nos introduce en el desierto, aclara y hace objetiva nuestra mirada sobre el mundo. Nos libra de espejismos y neblinas, situándonos ante lo fundamental. Hace de nosotros los “amados de Dios”, aquellos en los que el Padre encuentra su complacencia. Porque el Bautismo es gracia filial, y también es luz. Como afirmábamos recién, somos introducidos (“bautizados”, “sumergidos”) en el Misterio de la Santísima Trinidad, en cuyo Nombre recibimos el Sacramento. Somos iluminados para ver todas las cosas desde Dios y ordenarlas hacia Dios. El Bautismo contiene esta tensión, esta dirección esencial hacia el desierto. Es la dirección de Israel, luego del paso del Mar Rojo: ir hacia el

desierto. Y por lo mismo, en razón de su fundamental dinamismo salvífico, contiene el germen de Vida Eterna: cuando Israel atraviesa el Jordán ingresa en la Tierra Santa. El Bautismo cristiano se ordena a la Patria Celestial, pero a través del desierto del mundo.

El Bautismo de Cristo es un Bautismo sacrificial. Toma contacto con el poder de la Muerte. Y el texto bíblico dirige de inmediato nuestra mirada hacia la Pasión, mediante la Transfiguración. Es allí, en la cima del monte donde Jesucristo muestra el resplandor de su gloria, donde vuelve a escucharse la Voz del Padre y la Presencia del Espíritu Santo. Y es allí donde todo el Antiguo Testamento se dirige a Cristo hablando de la Pasión:

“y he aquí que conversaban con él dos hombres, que eran Moisés y Elías; los cuales aparecían en gloria, y hablaban de su partida [exodon], que iba a cumplir [pleroun] en Jerusalén.” (Lc 9,30-31).

El “éxodo” de Jesucristo es su salida de este mundo, es la plenitud del éxodo antiguo de Israel. El “cumplirse”, que reaparece también aquí, no es solamente el término de algo, sino la plenitud de aquello que se ha iniciado y que llega a su punto

más perfecto, como señalamos en el texto del Bautismo. No debemos olvidar una dimensión esencial del éxodo israelita, que suele en ocasiones pasar inadvertida a pesar de la importancia que tiene: Israel sale de Egipto para rendir culto a Dios en el desierto. Aparece primero en la vocación de Moisés, cuando Dios le dice en el Horeb: *“Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte”* (Ex 3,12) y más tarde –varias veces– en las palabras de Moisés al Faraón, repitiéndole el mandato de Dios: *“Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte”* (Ex 7,16). El Bautismo (Pascua, Éxodo) introduce al culto, remite al sacrificio en el desierto de este mundo.

Vemos en el diálogo entre Jesús y el Bautista, el mismo verbo referido a la plenitud: era necesario cumplir con toda justicia. El Hijo de Dios ha venido para “cumplir”, para llevar a plena realización el plan divino en la historia de los hombres. Y así el Éxodo de Cristo es plenitud del antiguo y plenitud de todas las cosas. Ese éxodo es, por lo tanto, un Bautismo, como lo señala San Lucas, con un verbo diferente, pero expresando también esa idea de plenitud, de finalidad.

“Con un bautismo tengo que ser bautizado y qué angustiado estoy hasta que se cumpla [telesthe]” (Lc 12,50).

Y ciertamente se cumplirá en la Pasión, cuando Jesús diga desde lo alto de la Cruz, *“todo está cumplido”* que, en el texto griego, es una sola palabra: *“tetelesta”* (Jn 19,30). El mundo entero, la creación completa está presente en esta palabra definitiva. La creación antigua, herida por el pecado, encuentra aquí el punto crucial de su restauración, hasta que ese triunfo de Cristo se manifieste con toda su gloria al final de los Tiempos. Los Apóstoles, participarán también del mismo bautismo sacrificial, del mismo éxodo:

“La copa que yo voy a beber, sí la beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado” (Mc 10,39).

Lamentablemente, el concepto de “cumplir” ha sido despojado en nuestro lenguaje, de ese aspecto bíblico esencial, la Caridad. Se ha reducido, recortando su significación, a lo meramente legal, como también sucede con la “obediencia”. En Cristo, cumplir y obedecer, es una realidad superior a la Ley, es precisamente su plenitud, lo que le da sentido. Así, el descenso de Cristo al Jordán, o su ida al Desierto, son actos de

obediencia y de cumplimiento y, por eso mismo, lo son de Amor.

De esta manera, el Bautismo de Cristo parece encerrar, aunque veladamente, lo más esencial del Misterio de la Redención, que a lo largo de su vida se irá explicitando y desplegando hasta el momento culminante de la Pasión y, finalmente, en la gloria de su Segunda Venida. El Bautismo es combate, es muerte y vida, enfrentamiento y paz, oscuridad y gloria. El de Cristo. Y también el nuestro, que de Él proviene. Porque con Él nos dirigimos a las profundidades, a nuestras profundidades de muerte y con Él, y sólo gracias a Él, podemos emerger a la Luz y a la Vida:

“Fuimos, pues, con Él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva.”
(Rom 6,4)

Aunque el Bautismo del Señor y su ida al Desierto parecen acontecimientos diferentes por completo, están esencial y profundamente ligados. En ambos casos el Señor llega a regiones donde la muerte domina, donde el Pecado asedia y parece triunfar, o más bien, donde el Pecado y la Muerte

se habituaron a triunfar. La profundidad del Mar y la soledad del Desierto son ámbitos no simplemente físicos, sino teológicos, son regiones espirituales, de guerra espiritual. Y sólo Jesucristo resulta allí realmente victorioso. Y sólo asociados a Él, su Victoria es también la nuestra. Los enemigos del Pueblo de Dios fueron aniquilados en las profundidades del Mar Rojo y quedaron allí como testimonio, mudo pero elocuente, de lo que significa perseguir a los hijos de Dios. Y así como sucediera con los egipcios, el profeta Miqueas lo dice de los pecados, como un signo salvífico de parte de Dios:

“Tú arrojarás al fondo del mar todos nuestros pecados” (Miq 7,19).

En el Nuevo Testamento, Jesucristo no simplemente arroja los pecados de la humanidad, sino que los carga sobre sí y desciende Él a aquellos abismos para aniquilarlos. Porque los sacrificios de la Antigua Alianza eran ineficaces: *“pues es imposible que sangre de toros y machos cabríos borre pecados.”* (Heb 10,4). En cambio, Jesucristo, al asumir nuestra naturaleza humana, *“penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su*

propia sangre, consiguiendo una redención eterna.” (Heb 9,12).

Y ese Misterio redentor está reflejado, con pluralidad de matices, en todos los acontecimientos de su vida. El Evangelio habla constantemente de Redención, de la Sangre de la nueva Alianza. El Bautismo del Señor tiene también, bajo su particular tonalidad, esa misma dirección. También lo tendrá su camino por el Desierto, recuperando una imagen muy antigua, del ritual de expiación, que sólo aquí se vuelve realmente efectiva:

“Así el macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos, hacia una tierra árida; y soltará el macho cabrío en el desierto.” (Lev 16,22).

Aquél animal lleva los pecados de Israel al desierto, pero la expiación es imperfecta, es figura del Cordero de Dios, degollado pero de pie, el Cordero que, un día, Juan Bautista señaló con su dedo, porque todo el Antiguo Testamento ya lo señalaba a la distancia:

“He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).

El Mar, que representa muchas veces en la Sagrada Escritura el poder del Enemigo, incontenible y aparentemente imposible de vencer, es, no obstante, vencido por Cristo, derrotado por Él. Jesucristo, con su sola Palabra, calma la tempestad que amenazaba hundir la barca y llama todo al silencio. Camina también sobre las aguas, otro signo de victoria, al poner el pie sobre lo que representa el ámbito de los enemigos de Dios. En el libro del Génesis se anunciaba que la descendencia de la Mujer aplastaría la cabeza de la Serpiente. Es lo que hace Jesucristo, en primer lugar y también, con Él, su Madre Santísima. Poner el pie sobre la maldad, sobre el Pecado y la Muerte, poner el pie sobre el Demonio y sobre todos los enemigos de Dios.

“Porque debe él reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en ser destruido será la Muerte. Porque ha sometido todas las cosas bajo sus pies.” (1 Cor 15,25-27)

Así pues, el camino de Cristo hacia el fondo inaccesible del Mar, es el camino de la Pasión, el sendero de la Cruz, la dirección inefable de su Misericordia. Porque sólo lo guía allí el Amor.

El combate cristiano

Escucha, Israel; hoy vais a entablar combate con vuestros enemigos; no desmaye vuestro corazón, no tengáis miedo ni os turbéis, ni tembléis ante ellos, porque El Señor vuestro Dios marcha con vosotros para pelear en favor vuestro contra vuestros enemigos y salvaros.

(Dt 20,3-4)

Cuando contemplamos los horizontes aludidos, el Desierto y el Bautismo, no podemos desconocer una presencia hostil, que en ellos se revela. Son ámbitos donde se pone de manifiesto el verdadero Adversario, el auténtico Enemigo que es el Demonio. Y todo lo que el Demonio engendra, suscita y provoca. Y por eso tales ámbitos también son importantes. Porque queda en evidencia lo que no siempre vemos, lo que con frecuencia podemos no tener en cuenta, perder de vista o minusvalorar: a un Enemigo que pretende pasar inadvertido o

disimulando su presencia y su nefasta obra o, por el contrario, mostrando de manera engañosa su poder y el verdadero alcance de su influjo.

La Palabra de Dios identifica con total claridad a nuestro Enemigo. San Pedro, por ejemplo, al exhortarnos acerca de la vigilancia propia del combate cristiano, lo señala certeramente:

“Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar.” (1 Pe 5,8).

La figura hostil del león rugiente es muy significativa. El Apóstol denuncia el máximo peligro, un peligro de muerte, de la peor de las muertes que es apartarse de Dios. Mediante aquella figura de la fiera salvaje, agresiva y mortal, Pedro nos muestra como es el Demonio, como actúa, como insiste y como acecha para apartarnos de Dios. Y ante esa acentuada hostilidad, el Príncipe de los Apóstoles nos exhorta a permanecer firmes, porque es posible resistir, no por las propias fuerzas sino por la gracia de Dios: *“Resistidle, firmes en la Fe”* (1 Pe 5,9). Pedro sabe de sus ataques. Los ha padecido y ha sucumbido a la tentación al negar a Cristo. Había sido derribado, había caído. Las Sombras había llenado su corazón,

lo habían invadido en grado sumo. Pero la Fe, la Esperanza y la Caridad, definitivamente triunfaron. Cristo triunfó en Pedro. Cristo derrotó las oscuras fuerzas que allí habían hecho morada. Luego de recibir de un modo nuevo el llamado y la fuerza de Cristo, en la orilla del Mar, en Galilea, su Fe se mantendrá firme, indubitable, incommovible. Y confirmará la Fe de la Iglesia, hasta el fin de los tiempos. Y derramará su sangre, y seguirá a Cristo hasta las últimas consecuencias. El corazón de Pedro se había convertido en un campo de batalla, el más arduo, el más violento, el más sangrante.

Desde el inicio, el Demonio intentó separar al hombre de su cercanía con Dios, tratando de mostrar que Dios no es bueno, sino un mal para el hombre, un impedimento para su plena realización. Alguien que pone límites, arbitrariamente, injustamente, que coarta libertades, que impide legítimos desarrollos. El Demonio es el gran enemigo de Dios –aunque ningún poder tiene contra Él– y el mayor enemigo de los hombres al pretender rebelarlos contra el Señor, cortando el vínculo salvífico de la Caridad. Desde el comienzo tienta a nuestros primeros Padres, y Eva, seducida por él, contempla con malos ojos aquel árbol primigenio que no debía tocarse ni comerse su fruto, porque la

desobediencia al divino mandato acarrearía la Muerte. Y de esa manera, Adán y Eva, transgrediendo la orden de Dios, hicieron ingresar la Muerte en el mundo, convirtiendo la historia de los hombres en tragedia humanamente irremediable. Pero Satanás está de fondo, como Serpiente astuta, que muerde sin ser vista y que se oculta en las sombras malignas que siempre la circundan. Serpiente que también se reviste de aparente luz y de falsa y seductora belleza. Y así la Escritura nos presenta las consecuencias de su seducción:

“Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, agradable a la vista y deseable para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió.” (Gn 3,6)

En esta frase está representada toda la tentación posible, todos los caminos en los que el hombre puede pervertirse. Como ya fue visto con claridad por los antiguos intérpretes y Padres de la Iglesia, maestros en el conocimiento y el amor a la Escritura, esta expresión del Génesis contiene substancialmente las mismas tentaciones de Cristo en el desierto. Eso es lo que el Enemigo desea: pervertir la integralidad del hombre, corporal y

espiritualmente, corromper todas sus dimensiones, desviar sus potencialidades, pero siempre guardando las apariencias de verdad y de bien. Intenta que usemos mal de lo que es bueno. Los deseos de la carne, los deseos del alma y los anhelos espirituales más elevados. Que todo vaya cayendo, de a poco, sin ruido, sin estrépito. Que el hombre se pervierta, pero sin darse cuenta a tiempo de su perversión. En cada una de las tentaciones en el Desierto, tendremos oportunidad de contemplar cómo lo sucedido en el Génesis continúa vigente. Pero, a diferencia de Eva y de Adán, Cristo vence sobre el Tentador y nosotros vencemos en su propia victoria.

Así es como el Demonio quiere y logra que nuestros primeros Padres contemplen el Árbol del Paraíso. No se trata de una simple mentira, porque es verdad que aquel Árbol era así: bueno, agradable, deseable. Pero el hombre no podía alcanzar de él, por sí mismo, todos los bienes que ofrecía, sino que debía recibirlos de Dios. Por eso los Padres han visto en este árbol un signo de la Encarnación, cuyos infinitos beneficios no se conquistan por fuerza humana, no se arrebatan, sino que humildemente se reciben como gracia y por pura misericordia. El Enemigo seduce a Eva y envilece a Adán, para que ese fin bueno, que es la

bienaventuranza, sea buscado al margen de Dios. Que no sea algo recibido, sino tomado por la propia mano, alcanzado por las solas fuerzas del hombre.

Lo sucedido en el Paraíso, al tomar Eva el fruto, comerlo y dar de comer a Adán, es lo diametralmente opuesto a la Eucaristía. Hay allí un banquete, no de humildad y luz, sino de soberbia y oscuridad. El “dar” [natan] como acción típicamente divina (“*Ved que os he dado*” [natatti]), parece haber sido apropiado por Eva, que “da” el fruto a nuestro Padre Adán (“y *dio* [wattitten] *también a su marido*”). Notemos el empleo del mismo verbo en ambos casos. Al comer el fruto se hacen uno en el Pecado, así como, en la Eucaristía, nos hacemos uno con Dios por la gracia. El alimento establece un vínculo esencial con quien lo da, ya sea para Muerte, ya para Vida Nueva. El Tentador se presenta como el que prepara el perverso banquete, e invita a participar de él, disponiendo todo para que, a partir de aquél fatídico hecho, la Muerte ingrese en el mundo. Y a lo largo de los siglos continuará ofreciendo la Muerte bajo las apariencias de la vida, la oscuridad como si fuera luz y la mentira como si fuera verdad. Así, el reproche de Jesucristo a los fariseos apunta a una causa más profunda y más remota que lo simplemente humano: la tenebrosa

paternidad del Demonio, donde se advierte cómo continúa actuando, también mediante sus ministros.

“Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira.” (Jn 8,44)

Pero la Escritura no sólo nos advierte sobre quién es y cómo actúa el Demonio, sino que además nos alerta –como recién decíamos citando a San Pedro– acerca de una lucha, constante, mantenida a lo largo de los siglos. Porque es un Enemigo actuante, siempre vigente y siempre dispuesto en su agresividad contra los hijos de Dios. San Pablo señala y subraya este aspecto crucial de nuestra vida en el Espíritu:

“Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas.” (Ef 6,11-12)

Hay una lucha, verdadera e intensa, mucho más violenta que las guerras entre los hombres y las que enfrentan a las naciones. Más aún, esas guerras sangrientas no son sino reflejos de otro enfrentamiento más radical, en el orden del espíritu. Pero el combate cristiano es, prioritariamente, éste: contra el Demonio, contra los enemigos de Dios, contra el Pecado.

Santo Tomás nos muestra el origen y la motivación que, por parte del Enemigo, se encuentra en las raíces de este enfrentamiento:

*“El combate procede de la malicia del demonio que, por envidia, trata de impedir el provecho de los hombres y, por soberbia, usurpa una semejanza del poder divino, sirviéndose de ministros determinados para combatir a los hombres”.*⁴

Existe una voluntad angélica, tenazmente adherida al mal, a hacer el mal y a provocar al hombre para que también haga el mal. El Enemigo pretende impedir, como adversario que es, la plenitud del hombre que se halla en Dios. Obstaculiza el camino del bien, lo deforma, lo desdibuja.

⁴ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, Q. 114, art. 1.

Pero Santo Tomás señala también, en este magnífico texto, cómo la envidia es la causa de las agresiones del Demonio contra la humanidad. Hay en él un disgusto máximo por el Bien, una total aversión por la Verdad. No puede soportarlo, le resulta intolerable. Por eso, la sola presencia de Cristo lo pone en evidencia, lo provoca. En varias ocasiones –además de las Tentaciones en el Desierto– el Evangelio hace constar tal reacción de parte de los demonios, puesto que los poderes de las Sombras no soportan la Luz y combaten contra ella. En sus primeros versículos, el Evangelio de San Juan propone esta verdad, diciéndonos que “*la Luz brilla en la Tiniebla, y la Tiniebla no la venció*” (Jn 1,5). Nos encontramos ante una lucha al nivel más profundo de todos y, al mismo tiempo, con la victoria más radical de Dios sobre la Oscuridad. La victoria de Cristo, el Verbo de Dios, que es Luz, y que ha venido al mundo para derrotar a la Tiniebla, como también lo dice San Juan, en su Primera Carta:

“El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Diablo.” (1 Jn 3,8).

O, según la Carta a los Hebreos, que alude a tal conflicto, con un particular énfasis en el poder de la Muerte, que se sigue del Pecado. Jesucristo ha

venido al mundo “*para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo*” (Heb 2,14).

Para nosotros, el combate nos parece excesivo, demasiado desproporcionado en relación con nuestras posibilidades. El Enemigo se nos presenta desplegando un poder muy superior a las fuerzas de los hombres. Santo Tomás, advirtiendo también esta grave circunstancia y leyendo en profundidad la Escritura, nos consuela y nos alienta con su magistral palabra:

*“Para que no haya desigualdad en la lucha, el hombre es confortado principalmente con el auxilio de la gracia de Dios y secundariamente con la guarda de los ángeles. Viene a este propósito lo que decía Eliseo en 2 Rey 6,16: No temas, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos.”*⁵

Dos grandes auxilios divinos vienen en nuestra ayuda: la gracia y la protección de los ángeles buenos. Así reconfortaba el profeta Eliseo a su servidor, abriendo ante sus ojos un horizonte

⁵ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, Q. 114, art. 1, ad 2.

invisible pero muy real, porque la victoria es de Dios y de quienes permanecen unidos a Él.

El mal se presenta como una fuerza indestructible, pero es, en realidad, efímera; como un poder invencible, cuando es, definitivamente, endeble y fugaz. Sólo la Fe nos muestra las verdaderas dimensiones del mal, que son dimensiones reales, que causan un efecto devastador en el mundo, tal como la misma Palabra de Dios lo enseña. Pero también la Palabra de Dios nos muestra el fin de todas las cosas, el triunfo eterno del Dios eterno. Ni la Oscuridad ni la Muerte, ni el Pecado ni el Demonio resultarán victoriosos. No obstante, esa derrota definitiva no hace menos riguroso el combate presente, hasta que los siglos lleguen a su punto culminante. Porque el combate es duro y sangriento, aunque no siempre la sangre derramada sea visible. Es doloroso, pero al mismo tiempo de admirable y misteriosa belleza, como lo señalaba San Pablo al final de sus días, escribiéndole a Timoteo: “*He combatido en el noble [kalon] combate, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe.*” (2 Tim 4,7).

Aquí hay un acento en la nobleza, en la bondad, en la belleza del combate. No es sólo lucha

o competición, no es simplemente guerra u hostilidad, es, sobre todo, la hermosura de la gracia y el esplendor de los ángeles, es el gozo de nosotros como hijos de Dios, a semejanza del Hijo que ha tomado nuestra carne y nuestra sangre como suyas. Todo esto está como encerrado en el magnífico adjetivo (*kalós*) que Pablo incrusta en su testamento espiritual como una piedra preciosa de singular brillo y misterio.

En el Antiguo Testamento se abría ante el Pueblo de Dios el horizonte de la Tierra de la Promesa, una tierra humanamente imposible de conquistar. La idolatría y las perversiones paganas eran signos de aquella Presencia oscura de Satanás sobre una tierra sumergida en sombras muy densas, en impenetrables tinieblas. Sin embargo, Dios enseña y conforta a su Pueblo, a Moisés y a Josué, y a los justos que esperaban en el triunfo del Señor de los Ejércitos:

“Acaso digas en tu corazón: Esas naciones son más numerosas que yo; ¿cómo voy a poder desalojarlas? Pero no las temas: acuérdate bien de lo que El Señor tu Dios hizo con Faraón y con todo Egipto, de las grandes pruebas que tus ojos vieron, las señales y prodigios, la mano fuerte y el tenso

brazo con que El Señor tu Dios te sacó. Lo mismo hará El Señor tu Dios con todos los pueblos a los que temes.” (Dt 7,17-19)

Aquel temor visceral ante la magnitud de males tan grandes y tan extensos, debía revertirse, debía cambiarse en una esperanza no fundada en posibilidades humanas, sino en la misericordia de Dios. Porque Él es quien combate por Israel.

“No los temáis, porque el mismo Señor vuestro Dios combate por vosotros.” (Dt 3,22).

Y por ello, la Iglesia en este mundo es militante, mantiene un combate constante contra el poder del Demonio, contra los enemigos de Dios y de nuestra salvación. Aspecto no siempre tenido en cuenta, no siempre adecuadamente valorado. Tiene tanta importancia que resuena incluso por encima de la historia. Porque la Iglesia en el purgatorio es la Iglesia de Cristo que se purifica definitivamente de las heridas, de las debilidades experimentadas durante el combate sostenido en este mundo. Y si a la Iglesia triunfante del Cielo se la puede llamar así, “triunfante”, es porque ha obtenido una Victoria. Y no hay victoria sin un combate. Hay así una misteriosa resonancia de la lucha cristiana en el curso de la historia que incide

en la eternidad, fuera del tiempo. No es casual que Cristo, después de resucitar, conserve algunas de las señales más significativas de la Pasión, porque se refieren a la Cruz donde nos ha salvado y redundan así en su mayor gloria.

Dos grandes peligros nos acechan entonces en este mundo: desconocer al Enemigo verdadero y perder de vista que el cristiano, por ser cristiano, se encuentra implicado en un combate durante toda la vida. Y precisamente ambos aspectos serán puestos en evidencia por Jesús cuando transcurra aquellos cuarenta días en el Desierto. Y ese acontecimiento ilumina, con particular intensidad, el resto de su vida, bajo la permanente hostilidad de los enemigos de Dios, bajo la constante agresión del Enemigo de la Redención.

Panes y Piedras

Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Mas él respondió: Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

(Mt 4,3-4)

Los días van transcurriendo en el desierto. Jesucristo está allí, conducido por el Espíritu Santo, como Hijo de Dios, como Salvador de la humanidad, como guerrero implacable, en medio de la desolación, aguardando al Enemigo o, más bien, suscitando con su Presencia la manifestación del Tentador. Porque Jesucristo nada dice, simplemente está allí, en el perfecto ayuno cuaresmal, sin probar alimento alguno, aunque su alimento es cumplir la voluntad del Padre. Ese es el alimento que lo sostiene, que lo mantiene firme en

aquellas soledades, el alimento desconocido del que hablará un día a sus discípulos en las proximidades de Samaría:

“Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis [...] Les dice Jesús: Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra.” (Jn 4,32.34)

El ayuno de Cristo no tiene un mero carácter penitencial, no es simple expresión piadosa ni ejercicio ordenado a templar el ánimo. Es importantísimo entender el sentido de ese ayuno, sin interpretaciones reductivas, evitando parcializar el significado. El ayuno de Cristo no es tanto privación de alimentos terrenos como magistral enseñanza de su apertura absoluta al Padre. Porque el alimento es lo que mantiene la vida, y es necesario que comprendamos que la vida la recibimos del Padre, en primer lugar. Que también nuestro alimento consiste en el mismo Dios, porque Él es nuestra Vida. Así lo afirma San Juan, hablándonos del Verbo, del Hijo de Dios:

“En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres” (Jn 1,4)

Es lo que Israel debió comprender en el desierto, en su camino desde Egipto hasta la Tierra

Santa. Es lo que siempre debió comprender, pero especialmente en esa etapa de prueba. Dios lo lleva al límite de las fuerzas, del hambre y la sed, de los peligros y las carencias. Pero Israel debía confiar, debía entregarse en manos de Dios que tan portentosamente lo había liberado de la esclavitud. Debía querer recibir la vida nueva que Dios le otorgaba. El ayuno de Israel en el desierto tenía ese carácter, esa dirección precisa. No fue mero ejercicio de voluntad; fue apertura hacia Dios, el Dios de quien dice el Salmo:

“Los ojos de todos fijos en ti, esperan que les des a su tiempo el alimento; abres tú la mano y sacias de favores a todo viviente.” (Sal 145,15-16)

En cambio, Israel miró hacia Egipto, volvió la vista hacia atrás. Sus ojos no estuvieron en El Señor, ni su esperanza centrada en Aquél que los había salvado. Y así sus corazones miran hacia la tierra de la esclavitud, hacia los alimentos de este mundo:

“También los israelitas volvieron a sus llantos diciendo: ¿Quién nos dará carne para comer? ¿Cómo nos acordamos [zakarnu] del pescado que comíamos de balde en Egipto, y de los pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos!

En cambio, ahora tenemos el alma seca. No hay nada. Nuestros ojos no ven más que el maná.” (Num 11,4-6)

Notemos nuevamente aquí el verbo “*acordarse*”, que hemos destacado, con la importancia salvífica que suele expresar su concepto, como lo señalamos previamente. Israel “*no se acuerda*” de Dios; en cambio, “*se acuerda*” de Egipto. Israel rechaza al Señor, no lo tiene presente como objeto de esperanza, ni mucho menos de amor. Olvida la Alianza, olvida a los Padres, a Abraham, a Isaac, a Jacob. Deja de lado su vínculo con Dios, se resiste a su misericordia, rechaza su Vida. En otras palabras, quiere vivir solamente de pan, sólo de las cosas de la tierra. Y ser esclavo de las cosas de la tierra.

Y por eso Jesucristo ayuna. No porque considere que las cosas de este mundo sean malas, puesto que no lo son. Sino porque nos enseña lo que, en breve, hará explícito en su respuesta al Tentador: que no solamente de pan vive el hombre, sino de la Palabra de Dios. Afirmación que dice mucho más de lo que, en una primera lectura, podemos advertir. Afirmación que responde, con las palabras y con el gesto mismo del ayuno, al armónico plan de la Redención, puesto que el

Pecado Original tuvo relación con ese Alimento, obtenido impíamente por las propias fuerzas, sin querer recibirlo de Dios. Mientras nuestros primeros Padres comieron del Fruto, Jesucristo se priva de alimento, porque lo recibe todo del Padre.

El Demonio aparece, atraído por una misteriosa Presencia que no alcanza a discernir del todo, pero que llama profundamente su atención. Aparece atraído por ese enigmático y al mismo tiempo tan significativo ayuno de cuarenta días, de aquel Hombre misterioso que no sucumbe, que permanece firme, que jamás vacila. Asechado por el hambre, que ciertamente experimenta, pero sin ser en ningún momento esclavo de creatura alguna.

“Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.” (Mt 4,3)

Jesucristo ha salido al desierto para poner en evidencia al Tentador; siempre es importante acentuar este rasgo esencial del acontecimiento, siempre debe ser tenido en cuenta. Y su sola Presencia hace que el Demonio se manifieste. Algo similar sucederá muchas veces a lo largo de la vida de Jesús, ya expresamente, ya sutil o veladamente; ya los demonios en persona, ya mediante los ministros que obran bajo su influjo. En los ataques

de los fariseos, por ejemplo, se descubre ese trasfondo diabólico, al asediar todo el tiempo a Cristo, para apartarlo de su misión, para acusarlo, para desacreditarlo, para oponerle a Moisés y, definitivamente, para darle muerte.

El Libro de la Sabiduría, al exponer la maldad que habita en el corazón de los impíos, ilumina muy bien estos pasajes evangélicos de la Tentación y, en gran medida, todo lo que sucede posteriormente.

“Tendamos lazos al justo, que nos fastidia, se enfrenta a nuestro modo de obrar, nos echa en cara faltas contra la Ley y nos culpa de faltas contra nuestra educación. Se gloria de tener el conocimiento de Dios y se llama a sí mismo hijo del Señor. Es un reproche de nuestros criterios, su sola presencia nos es insufrible, lleva una vida distinta de todas y sus caminos son extraños.” (Sab 2,12-15).

Queremos destacar en particular, en este texto admirable, que, para los malvados, la sola presencia del justo es molesta, aunque este no pronuncie palabra alguna. Su existencia, su vida, su proceder, sus caminos, ya son objeto de persecución, de rechazo, de absoluta hostilidad, de enemistad constante. Y si eso sucede con los justos,

y sucedió de manera particularmente intensa con los profetas y con los enviados de Dios en el Antiguo Testamento, con mucha mayor razón debía suceder en el Nuevo, con respecto a Jesucristo, el Único Justo, en el sentido más pleno de la palabra.

Por eso es digno de notar que en el desierto la iniciativa parece ser siempre del Demonio, del Tentador. Y es verdad que hay iniciativa en el ataque a Cristo. Sin embargo, desde el punto mismo de inicio del episodio, Jesús va al desierto conducido por el Espíritu y en perfecta obediencia al Padre (y por ende la iniciativa es divina) para enfrentarse con el Demonio y enseñarnos así también a nosotros el modo en que debemos recorrer nuestro desierto, la manera en que nos compete resistir –como lo señalaba San Pedro– los ataques de ese león rugiente, siempre amenazante y presto a apartarnos de Dios.

No es casual, tampoco, que el motivo central por el que Cristo será condenado por el fariseísmo, sea su condición filial, tema que en el curso de las tentaciones tiene un fuerte y marcado relieve:

“No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios.” (Jn

10,33). “*Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios.*” (Jn 19,7).

Lo que fastidia a los fariseos no se reduce simple o exclusivamente a las obras. Es la Presencia divina lo que pone en evidencia toda la maldad contenida en sus corazones. Es el rechazo culpable al misterio de la Encarnación lo que suscita en ellos la exteriorización del mal. Y lo mismo sucede con el cristiano. No es perseguido solamente por lo que hace sino principalmente por lo que es. Y una de las líneas de acción del Demonio será convertir al cristiano en mera apariencia, sin realidad, sin profundidad. Que lo siga pareciendo sin serlo. Más adelante volveremos sobre esta misma idea.

El Tentador se acerca, se aproxima y le dice a Cristo las palabras que hemos transcripto más arriba. Comienza precisamente y no por casualidad con la expresión condicional referida a la filiación divina: “*Si eres hijo de Dios*”. Y luego va a proponer una determinada obra, sólo en apariencia acorde a esa supuesta condición. Si eres hijo de Dios tienes que obrar así, tienes que proceder como el Tentador lo sugiere. Tienes que convertir las piedras en panes y alimentarte. Tienes que poner

fin a tu ayuno, saciar tu deseo, satisfacer tus carencias. Tienes poder, no dependas de Otro.

La sugestiva pretensión del Demonio es muy breve, extremadamente concisa y formulada de un modo magistral, perversamente magistral. Sin tener todavía presente la respuesta de Cristo, nos da la impresión de que el Demonio no sugiere nada malo en sí mismo, nada discorde ni desordenado en relación con la naturaleza humana o la condición de hijo de Dios. De hecho, Jesucristo realizará grandes milagros en una línea que parecería similar a la planteada aquí. Convertirá el agua en vino y multiplicará los panes y los peces saciando a la multitud. Y por ello debemos preguntarnos en qué consiste la maldad escondida, sutilmente, en aquellas palabras de Satanás.

Notemos también que no sugiere un gran banquete, una comida sobreabundante, un manjar exquisito o un acto de gula, sino un alimento básico, moderado, elemental y, hasta podríamos decir, lógico, previsible, legítimamente deseable. Ni el pan es algo malo, ni alimentarse, ni hacer un milagro con ese objetivo, teniendo la potestad de hacerlo. Son las palabras de Cristo, su respuesta, lo que nos ilumina al respecto, lo que pone en evidencia la maldad del Tentador y la impiedad de

lo que sugiere. Porque Jesucristo responde diciendo:

“Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” (Mt 4,4).

Lo primero que debemos advertir en esta respuesta, admirable también, es que el Señor acude a la Escritura. Su respuesta es muy simple, muy directa. Cita la Escritura, en concreto, al libro del Deuteronomio, donde se muestra el sentido de las penurias padecidas por Israel en el desierto:

“Te humilló, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de El Señor.” (Dt 8,3).

Según estas palabras, lo que Israel experimenta en el desierto tiene un sentido muy preciso: Dios le muestra que el hombre vive de su Palabra, que hay una vida que no se obtiene ni se mantiene con alimentos terrenos. Incluso, que la vida así obtenida y así mantenida, mediante el pan, también depende de Dios, de su voluntad, de su misericordia. En otras palabras, que Israel existe,

que vive, en última instancia, a causa de Dios, que le da el ser, que lo salva y lo redime.

Aquí se nos muestra, entonces, la maldad contenida en la sugerencia del Tentador. El problema no es el pan, signo de los bienes de este mundo. El problema es pretender vivir solamente de pan, es despojar el corazón del hombre de todo horizonte sobrenatural y de toda preocupación espiritual. Parece tratarse aquí, si cabe decirlo mediante un solo término, de una tentación muy vinculada al *naturalismo*. Pretende dar una preeminencia tal a las cosas terrenales, que las realidades espirituales y eternas carezcan –en la teoría o en la práctica– de todo relieve, de toda importancia, de todo interés. Se trata, podríamos decir, de uno de los extremos de la peligrosa oscilación que rompe el equilibrio entre lo natural y lo sobrenatural.

Por ello la respuesta de Jesús es magistral. No niega la importancia del pan (bienes materiales) sino que afirma que no solo se vive de pan. Es decir, también se vive de pan, pero eso no es lo único ni lo más importante. La tentación procede entonces reductivamente. Toma algo que es bueno y lo convierte, o pretende convertirlo, en lo único bueno, en lo *único necesario*. Es un mal

uso de algo bueno, característica esencial en toda tentación y presente de distintas maneras, en todo pecado.

En el pecado original, ya sucedía eso mismo. Ni el árbol era malo ni su fruto. Pero se pretendió alcanzar al margen de Dios, por un mal camino, usando mal de la libertad, de la inteligencia y de la voluntad, de los deseos e inclinaciones que, por sí mismas, en cuanto parte de la naturaleza humana, eran buenos. En este sentido señalaba Santo Tomás, comentando la primera de las tentaciones en el desierto:

*“Porque, primero, lo tentó con lo que apetecen los hombres por muy espirituales que sean, a saber: con la sustentación de la vida corporal mediante el alimento.”*⁶

A lo largo de toda la Escritura podemos advertir ese mismo aspecto. Hasta –y principalmente– en la Plenitud de los tiempos, puesto que el fariseísmo condena a Cristo apelando a la Ley. Usa de la Ley para perseguir y dar muerte a su Autor. Y no es casual, en este orden de realidades, que los fariseos se atribuyan a sí mismos una cierta condición filial divina: “no

⁶ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, III, Q. 41, art. 4

tenemos más padre que a Dios.” (Jn 8,41) le dicen a Cristo. Los fariseos dicen obrar como hijos de Dios, como hijos de Abraham (Jn 8,33) y sin embargo no lo son realmente, tal como Jesucristo lo afirma: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre.” (Jn 8,44).

El Tentador alude a la condición filial divina para agredir a Cristo en el desierto. No sólo se trata, entonces, de que el hombre proceda al margen de Dios, de lo sobrenatural, de lo espiritual, como si las cosas de este mundo fueran las únicas importantes, sino *que lo haga en cuanto hijo de Dios*. Dijimos más arriba que el Demonio busca cambiar la realidad conservando las apariencias. Lo cual es muy claro en el caso de la hipocresía propia del fariseísmo. Y eso tiene una finalidad, un objetivo, una meta: que el cristiano, que el hijo de Dios no advierta la situación, que no se dé cuenta, que le parezca que nada ha cambiado. Porque así, no advirtiendo el problema, desconociendo la naturaleza de la tentación y del pecado, cierra las puertas a la conversión. No se corrige quien ignora lo que debe corregir. El Tentador busca sumergir al cristiano en ese abismo de ignorancia, ciertamente culpable. Y por ello procede con astucia, con precaución,

paulatinamente, progresivamente, sin levantar sospechas.

En la parábola del Sembrador –clave para entender todo lo demás, según lo afirma el propio Jesucristo– está reflejada esta idea y esta triste realidad. En el primero de los cuatro casos, la semilla, que es la Palabra, ha quedado al borde del camino:

“Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron. [...] Sucede a todo el que oye la Palabra del Reino y no la comprende, que viene el Maligno y arrebató lo sembrado en su corazón: éste es el que fue sembrado a lo largo del camino.” (Mt 13,4.19).

Como en los casos restantes, la Palabra es oída, es decir, recibida, atendida, escuchada. Hay una apertura a la Palabra. Por eso se trata, en los cuatro casos, del creyente, no de quien está cerrado a la gracia, la desconoce o ignora el mensaje del Evangelio. Sobre las semillas caídas en el camino, aparecen unas aves misteriosas, que evocan en nuestro pensamiento aquellas que Abraham debió espantar para que la Alianza pudiera pactarse (Gn 15,11). Son aquí signos de la obra de Satanás,

explícitamente señalados por Jesucristo en la interpretación que ofrece.

La clave de esta tentación y este pecado que no conserva la Palabra, es el “no comprender”. Se escucha la Palabra pero no se la entiende. Y en el ámbito bíblico, no comprender o no entender es mucho más que una cuestión referida a la inteligencia que, ciertamente, no se excluye, sino que ocupa un lugar preponderante. Pero entender o no entender implica una actitud integral ante Dios. Implica un vínculo de amor con la Palabra, supone una receptividad del corazón, un interés por ella, una inclinación constante para vivir de la Palabra. Esta actitud y su contrario es aludida por Santiago en su Carta:

“Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero, al irse, se olvida de cómo es.” (Sant 1,22-24)

Es verdad que ese “vivir sólo de pan” y al margen de la Palabra parece señalar el hecho de que la Palabra no se ha escuchado. Sin embargo, pensamos que no es así. La Palabra toma contacto

con el corazón del hombre, pero no es tenida en cuenta, no comienza a crecer, no germina allí. Lo que sucede es que, a medida que el corazón del hombre se habitúa a no vivir de la Palabra, a no interesarse por ella, esta se va perdiendo y, finalmente desaparece. Diametralmente opuesta es la actitud de María Santísima que *“guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón”* (Lc 1,19.51).

Otro factor, esencialmente vinculado a lo dicho, es que, en las tres tentaciones, el Demonio intenta pervertir el sentido de los deseos humanos, de sus anhelos y de sus esperanzas. Porque esas esperanzas son el incentivo que lo mueven hacia el fin, y el Tentador lo quiere apartar del verdadero fin. Y así tenemos el desorden de los deseos más vinculados a lo corporal (primera tentación); los anhelos más propios del alma (segunda tentación) y finalmente el orden espiritual en su sentido más propio o más elevado (tercera tentación). De allí que, por ejemplo, San Pablo, pidiendo a Dios la santificación plena de los fieles, emplee esa terminología complexiva, de cuerpo, alma y espíritu:

“Que Él, el Dios de la paz, os santifique plenamente, y que todo vuestro ser, el

espíritu [pneuma], el alma [psiche] y el cuerpo [soma], se conserve sin mancha hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo.” (1 Tes 5,23)

No podemos ni pretendemos exponer aquí la doctrina antropológica de San Pablo, ni las diversas interpretaciones que se han hecho al respecto, sino simplemente señalar cómo la totalidad del hombre es afectada ya por el pecado, ya por la gracia, claro que en diversa forma y grado. Haciendo las distinciones correspondientes, siempre debe tenerse en cuenta la unidad substancial del hombre y la relación entre el orden natural y el sobrenatural.⁷ San Juan, en su Primera Carta, alude también complejivamente al pecado del mundo, mediante la terminología de la “concupiscencia” [epithymia] en tres direcciones, acentuada mucho la última en el sentido de la arrogancia, coincidentes con las tres tentaciones en el desierto y, por ende, a las que el hombre se ve sometido, particularmente, los hijos de Dios:

⁷ En la división tripartita de Pablo, el primer término (“pneuma”) se refiere al principio de vida sobrenatural. La distinción cuerpo / alma alude más bien al ámbito natural y por ello no atenta contra la unidad substancial del hombre, ni contra la unidad de su alma. Cfr. C. POZO, *Teología del más allá*, p. 247.

“Puesto que todo lo que hay en el mundo –la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida– no viene del Padre, sino del mundo.” (1 Jn 2,16)

En esta primera tentación, entonces, el Demonio busca pervertir los deseos más bien referidos al orden corporal, representados en la comida, en el alimento, en el pan. Lo que San Juan denomina “*concupiscencia de la carne*” (1 Jn 2,16). Y una de las consecuencias principales del desorden de la sensibilidad es el oscurecimiento de la inteligencia o de las facultades superiores en general. En este sentido encontramos cómo la perversión de los deseos afecta, de modo especial, a la comprensión de la Palabra, al interés por recibirla, meditarla, vivirla, profundizarla. Y de esa manera, lo sobrenatural queda paulatinamente al margen de las preocupaciones e intereses del hombre, aún cuando no se llegue a dar un rechazo explícito, claro y formal.

Por otra parte, aun a riesgo de esquematizar excesivamente, podemos ver cómo la práctica cristiana del ayuno, la oración y la limosna contradice estas tres tentaciones. El ayuno nos defiende contra la primera (el deseo desordenado

de las cosas materiales); la *oración* contra la segunda (poner a Dios al servicio de la vanagloria del hombre) y la *limosna* contra la tercera (alcanzar el dominio de las cosas del mundo rechazando a Dios). Claro que, como lo decimos respecto de la vida teologal, son acentuaciones, que no excluyen la mutua e íntima reciprocidad propia del organismo virtuoso.

Los intérpretes de la Escritura han puesto también de manifiesto la relación con el Pecado Original. Lo primero que advierte Eva en el Paraíso, frente al Árbol del bien y del mal y bajo la seducción de la Serpiente, es que era “*bueno para comer*” (Gn 3,6). Y luego, en el mismo versículo, se completa el tríptico de la tentación: “*apetecible a la vista*”, “*excelente para lograr sabiduría*”. No era malo el fruto ni alimentarse de él. El problema y el pecado consistió en buscarlo sin el orden debido, despreciando a Dios, obrando al margen de Él. Enseña Santo Tomás que el primer pecado fue de soberbia, precisamente por “*apetecer de un modo desordenado, algún bien espiritual*”.⁸ Bajo la seducción del Tentador, nuestros primeros Padres incurren en la soberbia y, a partir de allí, se pervierten los deseos del corazón en todos los

⁸ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II – II, Q. 163, art. 1.

demás aspectos, aludidos en las tres dimensiones que el texto bíblico señala.⁹

Cuando Israel clama en el desierto por el alimento, cae en la misma tentación, buscando en Egipto lo que Dios, en realidad, quería concederle por gracia. Y, en el sentido más pleno, todo converge en Cristo mismo, que bajo las especies eucarísticas se da como Alimento. No es un Alimento al que se pueda acceder por las propias fuerzas, sino que se recibe por misericordia, por benevolencia divina. De allí también la dimensión futura referida al Banquete celestial, la Celebración eterna de las Bodas del Cordero. De esa manera, siempre el alimento, desde el inicio hasta el fin de los tiempos y en la consumación del tiempo en la eternidad, tiene esa nota esencial de don, de regalo, de gracia que se recibe de Dios, porque la Vida proviene de Él. Esa dependencia es santa y salvífica, desde que Dios le diera el alimento a nuestros primeros Padres, antes de la Falta que sumergió al mundo en las sombras más densas:

“Dijo Dios: Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la haz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de

⁹ Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II – II, Q. 163, art. 1, ad 2.

semilla; para vosotros será de alimento.” (Gn 1,29).

La propuesta de Satanás, contra Cristo, contra todos los hijos de Dios, y contra la humanidad entera, es precisamente buscar el alimento terreno –con toda la significatividad simbólica que admite– como lo único necesario, como única causa de la vida, como prioridad absoluta y, sobre todo, al margen de Dios, de su Palabra, de su misericordia.

Pero podríamos incluso ampliar este horizonte de la tentación y contemplar en esas piedras que el Demonio desea se conviertan en panes, todos los bienes corporales, materiales, físicos, en la medida en que ocupan un lugar que no les corresponde. El desierto, bajo la Presencia de Cristo, nos muestra la realidad, latente detrás de los frecuentes espejismos y vanas ilusiones que pueblan nuestra existencia y desvían nuestra mirada.

Cuando los bienes materiales son considerados como prioridad absoluta, por más gozo y placer que ofrezcan, no son más que piedras, inertes, sin vida. No alimentan, no sacian. Por el contrario, hacen daño, sutil pero realmente. Nadie puede alimentarse con piedras, por más que

crea que son panes. Y lo más grave es no advertir la diferencia. Insistimos en que los bienes materiales no son malos, pero siempre deben estar ordenados a Dios y nunca deben desviarnos del camino hacia Él. Son buenos, en sí mismos, y buenos para nosotros en la medida en que ocupan el lugar que deben ocupar, en la medida en que nuestros deseos no desplazan ni dejan de lado por ellos los bienes eternos, la Palabra vivificante, la gracia que Dios nos concede en este mundo, la gloria que nos quiere dar en el venidero.

Mientras Marta estaba ocupada en muchas cosas, en los quehaceres cotidianos, ciertamente buenos, valiosos, legítimos e importantes, María “*sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra*” (Lc 10,39). La actitud de María de Betania es una bellísima y sencilla imagen de lo contrario a las sugerencias del Demonio en esta primera tentación y, de alguna manera, en todas las tentaciones. María escucha a quien Es la Palabra, vive de la Palabra, porque la Palabra es el mismo Señor: “*En Él estaba la Vida y la Vida era la Luz de los hombres*” (Jn 1,4). María no solamente escucha el contenido de lo que Jesús dice, contenido que no conocemos expresamente en esa escena, porque lo importante y lo que daba sentido al contenido era que María *lo escuchaba a Él*.

O como el caso de los discípulos de Emaús. Aquella magistral interpretación del Señor, sobre el sentido del Antiguo Testamento, cuyas palabras San Lucas no ha puesto por escrito (hay aquí cierta semejanza con el caso de María) hizo arder el corazón de aquellos hombres desesperanzados, ciertamente por lo que escucharon, pero más aún porque lo escucharon a Él. Así comenzaron a vivir de la Palabra y así, en medio de la oscuridad de la noche, regresaron a Jerusalén.

En el Antiguo Testamento, Jeremías vive de la Palabra, a pesar de la enormidad de dificultades y agobios que ello supone, en medio de un pueblo que rechaza a Dios y persigue a sus enviados: “*Se presentaban tus palabras, y yo las devoraba; era tu palabra para mí un gozo y alegría de corazón*” (Jer 15,16). David, el gran Cantor de Israel, abre el Salterio precisamente en torno a este gozo vital en la Palabra de Dios: “*Dichoso el hombre [...] que se complace en la Ley de Yahveh, su Ley susurra día y noche [...] da fruto a su tiempo*” (Sal 1,1a.2.3d). “*En tus preceptos tengo mis delicias, no olvido tu palabra.*” (Sal 119,16).

Es extensísimo el campo bíblico y son muchas las páginas de la Escritura donde la Palabra ofrece estas dimensiones contrarias a los

deseos del Tentador. La Escritura misma es arma perfecta en esa primera línea de combate cristiano, tal como lo enseñaba Pablo: *“la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios”* (Ef 6,17). Y, como no podía ser de otro modo, María Santísima, la Madre del Redentor, en su contemplativo y vital silencio, acoge, atesora y recorre en las honduras inefables de su Corazón, el Misterio de su Hijo: *“María, por su parte, guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”* (Lc 2,19).

La Ciudad Santa

Entonces el diablo lo lleva consigo a la Ciudad Santa, lo pone sobre el alero del Templo, y le dice: Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: A sus ángeles te encomendará, y en sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna. Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.

(Mt 4,5-7)

El naturalismo como primera tentación se refiere a un mal uso de los bienes materiales o, más propia y formalmente, a una visión del mundo despojada del horizonte sobrenatural, que atenta contra la fe, y donde lo único que en verdad importa es el bien mundano, terrenal y siempre al margen de Dios. Y la primera tentación nos

descubría, sobre todo, cómo el Demonio tiende a desordenar nuestros deseos referidos a la corporalidad, a las cosas materiales.

Una segunda clase de tentación, más grave aún que la ya descrita, y que ciertamente no la excluye, se refiere no tanto a los bienes corporales sino a lo más propio del alma. Es una tentación más espiritual o donde lo espiritual se manifiesta con mayor claridad, de modo más acentuado. Santo Tomás, cuando trata sobre las Tentaciones de Cristo, también relaciona la segunda con lo sucedido en el Jardín de Edén bajo la seducción del Demonio:

*“En segundo lugar, pasó a aquello en que, a veces, caen los varones espirituales, esto es, en hacer algunas cosas por ostentación, proceder que se encuadra en la vanagloria [...] Luego lo tentó de vanagloria, cuando dijo: Se abrirán vuestros ojos.”*¹⁰

Según el orden de las tentaciones en San Mateo, esta tiene lugar en la Ciudad Santa y, más precisamente en el Templo. Queda así subrayado el carácter sacro de tal ámbito y, por otra parte, un plano a mayor altura que en el caso de la primera, a

¹⁰ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, III, Q. 41, art. 4.

nivel del desierto; plano que –como los intérpretes han mostrado– parece sugerir también mediante la topografía, un incremento de gravedad.

El relato de esta tentación se inicia nuevamente con la acción del Demonio sobre Cristo, al conducirlo al Lugar Santo. Hay una cierta paradoja en que sea, precisamente, el espíritu del mal quien lleve al Hijo de Dios hacia la Ciudad Santa. Revela un especial interés del Demonio por aquel ámbito sagrado, lo que conferirá a esta tentación un carácter de particular gravedad. Por el momento podemos advertir cómo el espíritu del mundo se hace presente explícitamente en el ámbito de lo religioso, puesto que intentará pervertir el vínculo sobrenatural del hombre con Dios, tal como lo hizo desde el comienzo de los tiempos. Y los espacios y actos culturales poseen, en ese sentido, dimensiones preeminentes y de manifiesto carácter significativo.

Al igual que en la primera tentación, el Demonio vuelve a dirigirse a Cristo, llamándolo condicionalmente, “*Hijo de Dios*”. Pero aquí propone, además, un fundamento, un argumento bíblico, tomado textualmente del Antiguo Testamento. Satanás se acomoda al modo de argumentar de su oponente. Santo Tomás, citando

a Orígenes, dice que el Demonio conocía las Escrituras, ciertamente, pero para usarlas en contra de los hijos de Dios, aprovechando las debilidades humanas, “*no para hacerte mejor con su lectura sino para matar con la simple letra a los que de la letra son amigos*”.¹¹

Aquí se contienen, en germen, las deformaciones en el uso de la Sagrada Escritura a lo largo de la historia. La deformación de la Palabra de Dios está en el origen del primer pecado. Las palabras iniciales que escuchamos del Demonio en el Génesis se refieren a la Palabra de Dios, cuando el Tentador, mintiendo, afirma “*¿Cómo es que Dios os ha dicho: «No comáis de ninguno de los árboles del jardín?»*” (Gn 3,1). El Demonio miente y deforma lo que Dios “ha dicho”, deforma su Palabra.

La sacralidad de esta tentación queda, así, subrayada mediante elementos de mucho relieve: Jerusalén, el Templo, la Escritura. Tres títulos convergentes y caracterizados por una santidad en grado eminente. El Demonio pone a Cristo en esa situación, lo rodea de tal ambiente para probarlo. No será casualidad, entonces, que las mayores

¹¹ S. TOMÁS DE AQUINO, *Catena Aurea*, Lc 4,9-13.

agresiones contra Jesús no provengan de paganos, ni de publicanos o pecadores públicos, sino de hombres definidos por su carácter religioso, por la fidelidad en la práctica del culto y la observancia de la Ley: los fariseos. Al respecto, el Padre Leonardo Castellani señalaba una singular diferencia entre quien dio muerte a San Juan Bautista y los que dieron muerte a Cristo, diciendo:

“Es sintomático que el rudo penitente de Makerón [Juan Bautista] haya recibido la muerte de un sensual, mas Cristo haya sido llevado a ella por puritanos. Es cien veces peor el fariseísmo que los demás vicios, como notó el mismo Cristo. El fariseísmo es un vicio espiritual, es decir diabólico, pues las corrupciones del espíritu son peores que las corrupciones de la carne.”¹²

El Demonio descubre en Cristo a un hombre piadoso, compenetrado con las Escrituras, fiel a la Palabra de Dios como principio de su obrar. No había cedido al naturalismo de la primera tentación, ni excluido en ningún momento a Dios del horizonte. La perspicacia del Demonio lo impele a probar un ámbito que considera más

¹² L. CASTELLANI, *Cristo y los fariseos*, p. 5.

adecuado: el religioso. O mejor dicho, poner a prueba la condición filial en el ámbito sagrado. El Demonio cambia constantemente de ambiente y de estrategia, aunque no de finalidad: despojar la condición filial de su auténtica significación, impidiendo así que el hombre alcance su fin, la herencia del Reino de los Cielos.

Debemos aclarar, llegados a este punto, que el intento de deformar la condición filial del cristiano está presente en las tres tentaciones. En la primera se desdibuja el horizonte sobrenatural, pretendiendo que los hijos de Dios obren sólo para los bienes de este mundo. En la segunda, ese horizonte está presente, pero corrompido, conservando solo las apariencias de verdadera religión. En la tercera, como veremos luego, alcanzará su punto culminante, cuando el Demonio pretenda ser adorado en lugar de Dios, desligando por ello, con total claridad, a los hijos del vínculo con el Padre.

En ese contexto religioso, la segunda tentación actúa sobre el anhelo de la propia gloria y contra la esperanza teologal, más bien bajo el aspecto de presunción. Tal vez podríamos descubrir aquí la otra dimensión del desequilibrio entre lo natural y lo sobrenatural al que hicimos

alusión en páginas anteriores. Una falsa priorización de lo sobrenatural, en contra de la prudencia y deformando la esperanza. Porque es verdad que lo sobrenatural tiene prioridad, pero la gracia supone la naturaleza, no la anula, no la desdibuja. El hombre religioso corre el peligro de autoglorificarse, de buscar el desordenado reconocimiento de sí mismo, hasta el punto de poner a Dios al servicio de la gloria humana. Ya no se trata de bienes materiales o corporales –que no por ello están necesariamente excluidos– sino de bienes espirituales, más propios del alma.

El Tentador le dice entonces a Cristo, en lo alto del Pináculo del Templo:

“Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: A sus ángeles te encomendará, y en sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna.” (Mt 4,6).

En los ámbitos eclesiales suele presentarse esta tentación y se advierten sus consecuencias especialmente como divisiones entre los miembros del Pueblo de Dios.¹³ Necesariamente, el afán de la

¹³ El P. Horacio Bojorge desarrolla el tema bíblico de las oposiciones entre ungidos en H. BOJORGE, *Mujer, ¿por qué lloras? Gozo y tristezas del creyente en la civilización de la acedia*, p. 105 ss.

propia glorificación conduce a ver como un daño para sí mismo la glorificación de otros. San Pablo lo descubriría en particular en la Iglesia de Corinto, pero es una actitud que perdura.¹⁴ La actitud del fariseo en el Templo también parece corresponder con esta tentación y tiene lamentable pero plena vigencia en muchos de los hijos de Dios, cuando su gozo se encuentra en la propia perfección espiritual, no viendo que esa perfección –que, de existir realmente, no debe ser negada– es un don de lo alto. El gozo del bien recibido es siempre gozo en el Señor. Es gozo en el bien, pero no simplemente en el bien, sino en lo que ese bien tiene de recibido, de donado por Dios, de conferido por Él, por misericordia, por benevolencia. El fariseo en el Templo era objeto de su propio culto, en razón de algo que no le pertenecía. Glorificaba el don de Dios en él, pero dejando de lado precisamente esa condición de “don” y atribuyéndose a sí mismo lo que le pertenece a Dios. Y así, en realidad, lo pierde.

“El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres,

¹⁴ Cfr. 1 Cor 1 y el versículo final de ese primer capítulo como resumen positivo: “*El que se gloríe, gloríese en el Señor.*” (v. 31).

rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias.” (Lc 18,11-12).¹⁵

Parece un acto de acción de gracias cuando en realidad no lo es, puesto que desprecia al publicano y así, su agradecimiento queda viciado de raíz; subsisten sólo las apariencias. Se gloría en su supuesta perfección espiritual, al mismo tiempo que desprecia al Señor, puesto que *“Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve.”* (1 Jn 4,20). No es casual que el inicio de la parábola Jesús denuncie ya la apariencia de justicia: *“Dijo también a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola”* (Lc 18,9); *“se tenían por justos”,* pero no lo eran.

Aunque no tenga un sentido exclusivo en esta línea, la segunda clase de terreno al que se alude la parábola del Sembrador –a la que nos referimos en la primera tentación– parece reflejar

¹⁵ La expresión *“en su interior”,* en griego *“pros eauton”* debería traducirse mejor por *“para sí”* denotando no solamente la interioridad sino la referencia a sí mismo. El fariseo se autoglorifica por el cumplimiento de lo prescripto.

lo que sucede aquí, en la segunda. Es el caso de la semilla que cae en el pedregal:

“El que fue sembrado en pedregal, es el que oye la Palabra, y al punto la recibe con alegría; pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es inconstante y, cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumbe enseguida.” (Mt 13,20-21).

La Palabra ha sido recibida, pero no arraiga en el corazón. Las persecuciones se encuentran en el polo opuesto a la vanagloria que proporciona el mundo. Precisamente, ese anhelo de reconocimiento, ese mal uso de los bienes divinos para agradar al mundo, es lo que hace sucumbir a quien no tiene la Palabra de Dios en el corazón, sino en la superficialidad de una vida vacía. Es el corazón de piedra, ya denunciado por los profetas en el Antiguo Testamento. A la vanagloria, especialmente religiosa, propia de la segunda tentación, se opone entonces la persecución, en el sentido en que Jesús lo afirma en las bienaventuranzas:

“Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra

recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.” (Mt 5,11-12)

Los falsos profetas, o los profetas de mentiras, son reconocidos y reverenciados por el Israel pecador:

“¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas.” (Lc 6,26).

Los verdaderos profetas son perseguidos. Como vemos, es el punto diametralmente opuesto. Los que ceden a esta segunda tentación, dejan de lado la Palabra a causa de la persecución, de las contrariedades que la Palabra implica en un mundo hostil a Dios y usan de ese don divino para atraerse el reconocimiento de dicho mundo.

Es verdad que la tentación ofrece el carácter propio de la ostentación y de la vanagloria, especialmente en la dimensión religiosa, pero Benedicto XVI encuentra un sentido más profundo todavía. Al señalar el núcleo de esta tentación –que él mismo admite como más difícil de entender en algunos aspectos– sostiene que se trata de “*probar a Dios*” para que se muestre como tal y, por lo tanto, “*someterse a las condiciones que nosotros*

consideramos necesarias para llegar a una certeza".¹⁶ La tentación pretende poner a Dios al servicio del hombre, un Dios sometido a nuestros deseos, un Dios que se manifieste de acuerdo a lo que el hombre pretende. En cambio, Dios es profunda e insondablemente misterioso, sus caminos no son los nuestros. Y solemos pretender, en ocasiones, que se muestre, que se manifieste, que responda tal como nosotros queremos, de forma acorde a nuestro parecer, como si fuera igual a nosotros.

En esta línea pueden comprenderse las peligrosas desviaciones de la doctrina o de la práctica religiosa pretendiendo una adaptación al mundo para recibir su aprobación o, al menos, para no experimentar el rechazo. Se adapta de manera ilegítima, diluyendo el mensaje de salvación. No se niega siempre de plano, pero se usa mal, presentándose lo que es malo como si fuera un auténtico bien. Porque es duro predicar la verdad en un mundo dominado por el Príncipe de las Tinieblas, donde su influjo nos invade por todas partes. El demonio procura que la verdad divina se haga relativa al deseo del hombre, y a un deseo

¹⁶ J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, p. 62.

viciado desde su misma raíz, cuando el hombre se busca a sí mismo, convirtiéndose en su propio fin.

Tal vez, en esta segunda tentación se encuentre una de las raíces del *relativismo* como medio para que sea el hombre quien ocupe el lugar de Dios. Observamos una falsa exaltación del hombre, que el Tentador paradójicamente anhela. Él desea que la primacía la tenga el hombre, pero que la tenga incluso por encima de Dios. Pero eso significa –y lo sabe– la destrucción del hombre. Para el Demonio, esa exaltación destructora del hombre no es un fin; él es todo lo contrario a un humanista, como podremos comprobarlo también más adelante, en la tercera tentación. El Demonio es el mayor enemigo del hombre. Su fin es arruinar a la creatura, apartándola de la salvación, porque no puede obtener una victoria contra el mismo Dios. Es interesante como John Milton, en su obra *El Paraíso perdido*, imagina y describe las deliberaciones en lo profundo del infierno, donde los demonios deciden corromper al hombre, puesto que no pueden combatir contra Dios mismo. En dicha obra, Milton pone en boca de los demonios el siguiente párrafo:

“Esto sería mucho mejor que una venganza ordinaria, porque acibaría el placer que

nuestra confusión causa al vencedor: de su turbación nacería nuestro gozo, cuando viera que sus hijos queridos, precipitados en este sitio para sufrir con nosotros, maldecirían su frágil ser y su dicha, tan pronto marchita.”¹⁷

Ya hemos señalado, pero es conveniente repetir que los fariseos condenarán a Cristo a muerte apelando a la Ley y manifestando la condición filial de Jesús. Emplean un bien divino – la Ley de Moisés– para dar muerte al mismo Hijo de Dios, llevando al extremo lo que en esta tentación el Demonio propone, precisamente, el mal uso del bien divino, en contra de Dios: “*Los judíos le replicaron: Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios.*” (Jn 19,7)

De esta forma, la acédica tristeza por la presencia salvífica de Cristo se vuelve tan grave, que el fariseísmo busca eliminar dicha presencia, recurriendo al mal uso de lo más santo y así dar muerte al Hijo de Dios. El profeta Ezequiel, en una página importantísima (cap. 16) muestra con elocuencia y con dolor cómo Israel, rescatada del

¹⁷ J. MILTON, *El Paraíso perdido*, Libro II (p. 153).

abismo de sus males y adornada por Dios como una reina, lo ofende con los mismos dones que de Dios había recibido. El pueblo elegido y amado usa mal del bien divino, cometiendo una máxima ingratitud y una gravísima ofensa.

En el curso de la historia, muchos de los ataques contra la Iglesia fueron, supuestamente, en nombre del bien y de la verdad, aunque el sentido de esas realidades, en manos enemigas, estaba viciado. Sus enemigos la combatían apelando a bienes que la Iglesia parecía rechazar. Así, se usaba el bien para agredir a Dios en sus hijos. Y se terminaba desvirtuando el sentido del bien, tanto humano como divino. Es lo que decía Chesterton, con gran lucidez y exquisita concisión:

*“Con tal de combatir a la Iglesia, los hombres que comienzan a combatirla en nombre de la libertad y de la humanidad, terminan por desechar la libertad y la humanidad para poder luchar contra la Iglesia”.*¹⁸

Lo más grave sucede cuando los propios hijos de Dios se abandonan a tales convicciones, cuando este enfrentamiento proviene desde dentro. El creyente puede llegar a resistirse al verdadero bien

¹⁸ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, cap. VIII (p. 163).

e incluso combatirlo en pro de bienes inferiores o aparentes cuya estabilidad y posesión pretende garantizar. No quiere perder nada para ganar la eternidad. Y la elección implica siempre dejar de lado lo que no se elige. Pero, en realidad, lo que se deja es iluminado por lo que se elige. Lo que se deja es consecuencia, no causa. No alcanzamos a Dios por el hecho de dejar cosas, sino que las dejamos porque hemos elegido a Dios. Lo vemos, por ejemplo, en la parábola del tesoro escondido:

“El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel.” (Mt 13,44)

Cristo es nuestro tesoro escondido. Él ha venido al mundo, ha llegado a nuestro campo para que deseándolo lo encontremos, renunciando a todo lo que sea necesario para alcanzarlo, incluso a la propia vida, de lo cual los mártires son testigos privilegiados. No miran lo que pierden, sino que ello es consecuencia de lo que alcanzan. Pero en esto, Cristo nos da también el primer ejemplo; en esto también es modelo arquetípico y ejemplar. Porque podríamos interpretar la parábola en el

otro sentido, siendo nosotros un tesoro para Él, pero un tesoro sumergido en el barro, sucio y deslucido por el pecado, puesto que el hombre ha huido de Dios, se ha escondido de Él (Gn 3,8.10). Y Jesucristo ha venido al mundo a nuestro encuentro, al encuentro de la creatura de sus manos. Y para redimirnos –su perfecto gozo en el Padre– lo ha dado todo, entregando su propia vida y rescatándonos al precio de su sangre (Ap 5,9).

El cristiano no se entristece por lo que deja, sino que se alegra por lo que obtiene. Por eso, el Demonio trata de invertir el sentido de la mirada creyente: entristecernos más por las renunciadas al mundo que alegrarnos por el encuentro con Cristo. Y quitarnos así las fuerzas para el combate. El Demonio busca distorsionar la Fe y las convicciones cristianas y que pasen inadvertidas las contradicciones que esa distorsión supone. Y presenta tal distorsión como si fuera una realidad legítima, buena y aceptable.

Todo esto tiene consecuencias negativas, de las que la misma Escritura da testimonio destacando que se propagarán *“todo tipo de maldades que seducirán a los que se han de condenar por no haber aceptado el amor de la verdad que les hubiera salvado”* (2 Tes 2,10). San

Pablo, en este pasaje de su Carta, acentúa esos poderes de seducción, es decir, que el mal se propaga con apariencia de bien y quienes adhieren al mal, lo hacen porque de a poco han cedido, han dejado de amar auténticamente la verdad. El Tentador seduce, fascina, muestra falsedades y apariencias como verdad. Es oportuno destacar también que San Pablo no se refiere simplemente al *conocimiento* sino al *amor* de la verdad. Claro que en el lenguaje bíblico no son dos aspectos contrapuestos. El Demonio tiene un conocimiento natural de Dios, pero no lo ama; reconoce al Mesías, pero lo rechaza:

“¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de Dios.” (Mc 1,24).¹⁹

Las palabras del Tentador, en el pináculo del Templo, esconden este uso retorcido de los bienes divinos; escuchamos la alusión a un acontecimiento salvífico que tiene que ver con la esperanza en la intervención de Dios, pero

¹⁹ Enseña Santo Tomás que los demonios “no conocían con certeza que Cristo era el Hijo de Dios”, aunque por los efectos y sólo en la medida en que Cristo quiso, pudieron conjeturar algunos aspectos relacionados con ese misterio. Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, III, Q. 41, art. 1, ad 1.

corrompiendo la esperanza misma, porque su objeto ya no es Dios sino la vanidad del mundo. Hay una clara dimensión protectora, salvífica, fundada en el amor de Dios y, por parte de la creatura, en la condición filial, que ese amor divino engendra. Porque el acto salvífico que el Demonio describe debería tener lugar por ser “*hijo de Dios*” (v. 9). Ahora bien, debemos enfatizar el modo en que el Demonio pretende que el hijo de Dios actúe, porque es verdad que Dios interviene para salvarnos, es cierto que protege y cuida a sus hijos. Lo que aquí sucede es que el hijo de Dios, en la perspectiva del Tentador, debería poner a prueba al Padre, es decir, instrumentalizar la condición filial para su propio provecho y, por ende, también al amor que constituye esencialmente dicha condición.

No es casual, entonces, que los fariseos se consideraran “hijos de Dios” (Jn 8,41) cuando en realidad, lo eran del Demonio (Jn 8,44) según lo afirma Jesús expresa e incisivamente, puesto que la filiación implica siempre un modo de proceder. De esas obras se deduce el verdadero linaje, la auténtica pertenencia. De hecho, los fariseos no comprenden el sentido del vínculo filial de Cristo (Jn 8,27) no entienden sus palabras (Jn 8,43) y no creen porque no están dispuestos a aceptar la

verdad (Jn 8,45). Pero al considerarse como verdaderos hijos de Dios, se autoengañan, el Padre de la Mentira los ha sometido sutilmente y así proceden como él. De allí la dificultad para la conversión, puesto que creen no necesitarla. Según esta convicción engañosa y falsa, Dios quedaría situado al servicio de la vanagloria del hombre, vanagloria que tiene aquí un especial componente religioso. Los fariseos se gloriaban del modo en que, supuestamente, cumplían la Ley y hasta los preceptos más insignificantes, para recibir así el aplauso del mundo.

En el Antiguo Testamento hay algunos episodios de notable resonancia, donde podemos comprobar lo contrario a esta perversa actitud sugerida en la segunda tentación. Sólo a modo de ejemplo, mencionaremos algunos de ellos.

En el libro de Daniel, los jóvenes arrojados al horno ardiente, a pesar de semejante prueba, no tientan a Dios, sino que se someten confiadamente a su voluntad. Así pueden decirle a Nabucodonosor:

“Si nuestro Dios, a quien servimos, es capaz de librarnos, nos librará del horno de fuego ardiente y de tu mano, oh rey; y si no lo hace, has de saber, oh rey, que nosotros no

serviremos a tus dioses ni adoraremos la estatua de oro que has erigido.” (Dn 3,17-18).

Sea que Dios intervenga o no, el vínculo de la Caridad queda intacto: ellos viven para Dios, no instrumentalizan el amor, no pervierten la esperanza, no ponen a prueba al Señor, nada pretenden exigirle: Dios puede mostrarse o no hacerlo, y puede hacerlo como Él quiera y cuando quiera. Eso no afectará el vínculo filial. Dios es Misterio, su obrar es misterioso y el hombre no puede pedirle razones. Pero es misterio de misericordia, de salvación, aunque nosotros no lo comprendamos, como había sucedido con Job, hasta que, al final del libro, advierte la insondable profundidad de ese misterio y hace explícita su aceptación.

Otro acontecimiento, también en una línea similar, se encuentra en el libro de Judit. Allí, mientras la dirigencia religiosa de Betulia pone un plazo para que Dios intervenga (Jdt 7,30-31) Judit enseña el verdadero sentido de la prueba y reacciona contra esa tentación a la que el pueblo sucumbe:

“¿Quiénes sois vosotros para permitir os hoy poner a Dios a prueba y suplantar a Dios entre los hombres? ¡Así tentáis al Señor

Omnipotente, vosotros que nunca llegaréis a comprender nada!” (Jdt 8,12-13).

Magnífico ejemplo, que no menosprecia la intervención de Dios, que ruega por su intervención (Jdt 8,15.17) pero que se somete fielmente a sus designios, insondables y siempre misericordiosos.

Volviendo al texto evangélico, y tal como había sucedido en la primera tentación, son las palabras de Jesús las que revelan la maldad pretendida allí por el Demonio. Cristo evidencia lo que el Demonio presenta como un bien y para ello cita otra vez un texto del Deuteronomio:

*“No tentaréis al Señor vuestro Dios, como lo habéis tentado en Massá.” (Dt 6,16);
“También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.” (Mt 4,7).*

Acudiendo a las Escrituras evoca el acontecimiento en Massá, donde, a causa de la sed en medio del desierto, el pueblo había dudado de la presencia salvífica de Dios:

“Aquel lugar se llamó Massá y Meribá, a causa de la querrela de los israelitas, y por haber tentado al Señor, diciendo: ¿Está El Señor entre nosotros o no?” (Ex 17,7).

De forma parecida al pasaje ya mencionado del libro de Judit, el pueblo pone a prueba a Dios. La gravedad radica en dudar o negar su Presencia: si Dios no interviene como el pueblo lo desea, significa que no tiene cuidado alguno de él, que está ausente, desentendido, distante. Si es el verdadero Dios de Israel, estará a su servicio. Podemos ver la infame inversión que allí se produce. El Creador es puesto en una condición inferior a la creatura. Israel pretende tener un dios a la medida de los hombres.

Tal vez podríamos intuir que en esta tentación se encuentra representado también el anhelo racionalista, donde Dios sólo puede ser reconocido como obra del hombre, a su medida, donde todo misterio queda relegado y al fin, eliminado, donde lo que excede las posibilidades de la razón, no tiene existencia ni valor alguno. En cambio, y muy por el contrario, Dios obra desde el misterio; sus caminos son insondables. Su Presencia y su obra se nos presentan todavía como lo enseñara magníficamente San Pablo, anunciando, al mismo tiempo, el conocimiento de Dios en la vida futura:

*“Ahora vemos en un espejo, en enigma.
Entonces veremos cara a cara. Ahora*

conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido.” (1 Cor 13,12).

Sin embargo, es bastante oscura la expresión del Tentador, al inducir a Cristo a arrojarlo desde la altura a la que lo ha conducido. Pueden intentarse diversas interpretaciones, pero hay allí algo indudable: se trata de un peligro de muerte. Arrojarlo desde aquella altura equivale a morir. Por ende, la acción salvífica de Dios tiene que ver con el rescatar del poder de la muerte, o más bien, con impedirlo, con preservar de la muerte. Se trataría entonces de un acto redentor. En otras palabras, la intervención divina garantizaría que la exposición del Hijo de Dios a la muerte no derive en una muerte real y efectiva, sino que sea preservado o librado de experimentarla.

Podemos evocar aquí el caso de Pedro, cuyo modo de pensar demasiado humano atentaba contra los fines de la Redención. Tal aspecto cobra cada vez mayor significación. Y adquirirá proporciones más notables aún en la Pasión del Señor, cuando los enemigos le digan a Jesús crucificado:

“Tú que destruyes el Santuario y en tres días lo levantas, ¡sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz! Igualmente, los

sumos sacerdotes junto con los escribas y los ancianos se burlaban de él diciendo: A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es: que baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que lo salve ahora, si es que de verdad lo quiere; ya que dijo: Soy Hijo de Dios.” (Mt 27,40-43).

Hemos transcrito todo el pasaje por su singular importancia y especial relación con lo sucedido en el Pináculo del Templo. Conviene leer también la narración en los otros sinópticos (Mc 15,29-32; Lc 23,35-39) para tener una visión completa y detallada. Notemos lo incisivo de la expresión “*Si eres Hijo de Dios*”. Si recordamos las palabras de Pedro, que le valen una dura reprensión de Jesús, vemos que procedían en un sentido similar, aunque carentes del tono de burla y de la intención que emplean los enemigos de Jesús.

Pedro, sin embargo, había afirmado: “*¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!*” (Mt 16,22). Se está refiriendo al anuncio de la Pasión que Jesús acababa de hacer, mostrando claramente que moriría a manos del Sanedrín, condenado por la dirigencia religiosa de Israel.

Pedro atenta así contra el plan de la Redención, porque, según lo indica el Señor a los discípulos de Emaús, “*era necesario*” (Lc 24,26) que todo sucediera de acuerdo con las Escrituras. La Pasión responde al plan divino de salvación, anunciado desde antiguo.²⁰

Habría que aclarar, en torno a esta segunda tentación y la perspectiva de la muerte o no del Hijo de Dios, que el Demonio sugiere ilícitamente, en primer lugar, la preservación de la vida, poniendo a prueba al Padre. Pero tal preservación o acción salvífica es condicional, porque implica que el Hijo de Dios acepte una filialidad de esa clase, aparente y falaz.

Ninguno de los ataques contra Cristo fue efectivo; no hubo nunca deformación alguna de su condición filial ni del auténtico sentido de su carácter mesiánico. Jamás se plegó a las convicciones erradas e impías de los fariseos, ni se dejó seducir por las aclamaciones de las multitudes que pretendían hacerlo rey en un sentido distinto al que en verdad lo era. Todas las tentativas del

²⁰ Comentando las tentaciones de Cristo en el desierto, Benedicto XVI hacía notar esta relación entre la frase de Pedro, la tentación de Satanás y el acontecimiento en el Calvario. Cfr. J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, p. 67-68.

Demonio fracasaron rotundamente contra Él. Y por eso, en el Consejo de la Impiedad, se decidió su muerte. Pero se cumplió así el plan providencial y, de manera contraria a lo que el Demonio pretendía, el gran acto de la Redención alcanzó su punto culminante.²¹

San Pablo no sucumbe tampoco a la tentación de predicar una Iglesia coronada por éxitos humanos poniendo a Dios como garantía de los mismos, una Iglesia que se sirva de Dios para complacer al mundo, ni a una Iglesia que busque el prestigio y el reconocimiento de los hombres. Por el contrario, el centro de su predicación es la Cruz, incomprendible para quienes viven sólo según los criterios del mundo, incluso disimulados bajo los velos de una aparente religiosidad. Y esa predicación de Pablo es así porque la Iglesia no es sino el Cuerpo Místico de Cristo:

“Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado:

²¹ En Hch 3,12-26, San Pedro explica este misterio, mostrando la ignorancia (ciertamente culpable) de la dirigencia religiosa de Israel al dar muerte a Cristo y cómo, sin que ellos lo supieran, y contrariamente a lo que pretendían, se cumplieron las profecías que anunciaban la Pasión.

escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres.” (1 Cor 1,22-25).

La Iglesia, antes de Pentecostés, experimenta el temor a la muerte, gravísimo impedimento para llevar adelante su obra. Así lo dice el Evangelio de San Juan, refiriéndose a los sucesos del Domingo de la Resurrección:

“Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos” (Jn 20,19)

El gran prodigio de Pentecostés no se reduce a las manifestaciones milagrosas o al portento de las lenguas que allí tuvo lugar sino, junto con ello, y dándole sentido, a que ese temor mortal ya no detiene la evangelización. Y así la Iglesia nace, y así comienza también a morir. Comienza a ser perseguida, a padecer, a experimentar el martirio, a derramar su sangre, que es la de Jesucristo. Y así se expande con vitalidad nueva, porque hay algo que supera la muerte: el Amor. La Iglesia

evangeliza no por éxitos debidos a fuerzas de este mundo, sino por la fuerza eficaz de la Sangre Redentora. El poder de la Muerte es vencido por la fuerza irresistible del Amor.

La segunda tentación, por lo tanto, pretende destruir el auténtico significado de la filiación divina, negando el valor de la Pasión y muerte redentoras, pero, como siempre, tratando de conservar las apariencias de dicha condición filial y de un supuesto vínculo salvífico de caridad. Se trata de una vana glorificación de los hijos a costa de negar al Padre la gloria que le es debida. Como si el brillo del hijo debiera oscurecer el rostro del Padre.

También aquí podría existir cierta relación con el “hijo mayor” de la parábola de Lc 15: se presenta como perfecto en la obediencia, se alaba a sí mismo por ello, mientras que desprecia al Padre –acusándolo directamente y al despreciar a su hermano– opaca su figura, diciéndole que nunca le ha dado nada, sino simplemente órdenes:

“Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos” (Lc 15,29)

El fariseísmo procede de acuerdo con esta perversión, según lo atestigua el Evangelio de San Juan, diciendo que *“prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios”* (Jn 12,43). Esta posición no es exclusiva del fariseísmo judío del tiempo de Cristo. No en vano el Señor pedía a los discípulos que se guardasen de la *“levadura de los fariseos y saduceos”* (Mt 16,6.11) que es su doctrina (Mt 16,12) y su hipocresía (Lc 12,1) y que puede contaminar al cristiano. Jesucristo marcaba claramente la superioridad de la justicia filial sobre la justicia de escribas y fariseos, como condición necesaria para formar parte del Reino de Dios.²²

En ocasiones puede suceder que el cristiano sucumba a esta tentación, sin plena advertencia, encontrando su propia gloria en el cumplimiento de preceptos, por los preceptos mismos y no por lo que da sentido a los preceptos, que es la Caridad como amor al Padre e imitación del Hijo en el Espíritu Santo. La Caridad no se opone a la Ley, sino que la lleva a plenitud, como lo afirma San Pablo: *“La caridad es la plenitud de la ley”* (Rom 13,10). La disociación de estas dos realidades suele ser fatal en los dos sentidos que admite: o gloriarse en el precepto al margen de la caridad; o gloriarse

²² Cfr. H. BOJORGE, *Anuncio del Sermón de la Montaña*, p. 36 – 39.

en la caridad desoyendo el precepto. El hombre, y antes el demonio, cede a la tentación de disociar lo que Dios ha unido (cfr Mt 19,6).²³ Se gloría del conocimiento de Dios, pero con prescindencia de la caridad; o se gloría de la caridad al margen del conocimiento de Dios. Así, ambos miembros se vacían de su auténtico significado. Porque el conocimiento sin caridad no es verdadero conocimiento de Dios, puesto que *“Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor.”* (1 Jn 4,8). Y el amor sin conocimiento tampoco es verdadero amor. Dios nos ha dado a conocer el amor que nos tiene, afirma también San Juan (1 Jn 4,9); *“Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él”* (1 Jn 4,16). Por otra parte, el amor del Padre se muestra en el sacrificio del Hijo (Jn 3,16).

Jesucristo ha venido para la gloria del Padre: *“el que busca la gloria del que lo ha enviado, ese es veraz”* (Jn 7,18) y no la recibe de este mundo: *“La gloria no la recibo de los hombres.”* (Jn 5,41), ni la

²³ El principio que Cristo enuncia se refiere al matrimonio, tal como fue desde el comienzo. Pero es un principio más general aún. Y el demonio obra en contra de Dios, separando lo que Él unió, o uniendo lo que Dios separó (cfr. 1 Cor 10,20-21; 2 Cor 6,14-16; cfr. Gn 1,4) y seduciendo a los hombres para que obren también así.

pretende obtener como algo propio: *“Pero yo no busco mi gloria”* (Jn 8,50) sino sólo del Padre: *“hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único”* (Jn 1,14). Jesucristo no solamente busca en todo la gloria del Padre, sino que, por eso mismo, lo revela con su Presencia, además de sus palabras:

“Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto [...] El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,7.9).

Cristo es fiel imagen del Padre. Al contemplarlo a Él vemos al Padre, al mirar las obras de Cristo descubrimos el Amor del Padre. Es lo mismo que, análogamente, nos propone y nos invita a vivir Jesús a nosotros, como hijos de Dios, cuando nos dice que somos luz para el mundo, *“Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”* (Mt 5,16). El mundo ve nuestras obras, pero, si está bien dispuesto, no nos glorifica a nosotros, sino a nuestro Padre.

En el compendio al que ya hicimos referencia, San Juan denomina a esta segunda tentación *“concupiscencia de los ojos”* (1 Jn 2,16). Y

guarda obvia relación con lo que Eva contempla en el Árbol, tal como lo señalamos también citando a Santo Tomás. La Mujer lo descubre como “*agradable a la vista*” (Gn 3,6). Ya no se trata simplemente del deleite que produce alimentarse con sus frutos, sino de observar su belleza, el agradable descanso de la vista en él. Ello produce una saciedad en el alma, de un orden superior a la meramente corporal, más propia de la primera tentación. Y nuevamente la tentación procede con sutileza, porque ni la hermosura es mala, ni lo es contemplarla y extasiarse en ella. El problema radica en hacerlo al margen de Dios, como de manera tan sublime lo señaló San Agustín en aquel párrafo memorable:

*“¡Tarde te amé, ¡Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste.”*²⁴

Es la búsqueda de las creaturas para saciar un deseo del alma que sólo puede y debe saciarse en Dios. Y no se trata simplemente de admirar de forma indebida las cosas creadas, sino de

²⁴ S. AGUSTÍN, *Confesiones*, Lib. X, 27.

pretender la admiración del mundo para con uno mismo. Tal aspecto de la tentación admite una gran pluralidad de concreciones, de matices y de consecuencias. Los fariseos, por ejemplo, le piden señales prodigiosas a Jesucristo, como prueba de la veracidad de su palabra y de la misión que lleva a cabo en el mundo:

“Entonces le interpelaron algunos escribas y fariseos: «Maestro, queremos ver una señal hecha por ti.» Mas él les respondió: «¡Generación malvada y adúltera! Una señal pide, y no se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás. Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches.” (Mt 12,38-40)

Sus propios parientes le aconsejan a Cristo “mostrarse al mundo”, hacer prodigios para obtener el reconocimiento de las multitudes:

“Sal de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces, pues nadie actúa en secreto cuando quiere ser conocido. Si haces estas cosas, muéstrate al mundo.” (Jn 7,3-4)

Por el contrario, el Evangelio atestigua como, en varias ocasiones y expresamente, Jesús prohíbe difundir la noticia de los milagros realizados por Él, puesto que podría confundirse el sentido de su mesianismo. Pero Jesucristo mismo ha denunciado cómo el fariseísmo sucumbe a esta tentación, bajo la forma de hipocresía, de doblez, de apariencia de piedad y de bien:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, pues sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! Así también vosotros, por fuera aparecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.” (Mt 23,27-28)

Es una tentación que define, tristemente, las actitudes de muchos, de quienes *“hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres”* (Mt 23,5). Para ser vistos, para recibir la aprobación del mundo, para agrandar, al margen de la verdad y del bien. La mirada es signo de conformidad, de aceptación, de reconocimiento. Y así se pervierten hasta las prácticas más nobles, cosa que Jesucristo denuncia también al condenar la hipocresía farisaica.

“Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga.” (Mt 6,5)

“Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres vean que ayunan; en verdad os digo que ya reciben su paga.” (Mt 6,16)

Ser vistos, ser glorificados por los hombres, recibir la recompensa del mundo, la retribución que se proporciona en el tiempo, rechazando así la que proviene de la eternidad. *“Ya tienen su recompensa”*, es una expresión muy dramática. Si ya la tienen, no tendrán otra. Prefirieron la creatura al Creador, pero la creatura jamás puede saciar el corazón, creado por Dios para ser saciado sólo por Él. El placer efímero que da el mundo se extingue pronto y su luz brilla por muy poco tiempo. La búsqueda de esa recompensa temporal pone obstáculo a la Esperanza verdadera.

Y ello asume formas a veces muy sutiles, en gran medida coincidentes en priorizar lo que se ve y despreciar la intimidad con Dios; lo que el mundo ve y no lo que Dios ve. En alentar lo extraordinario

y menospreciar lo cotidiano, en imitar las convicciones y pautas del mundo, dejando de lado la Fe y los caminos de Dios.

Por el contrario, *“Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”* dice Jesús. Tu Padre, Dios mismo, es tu recompensa, enseñaba el Padre Horacio Bojorge, leyendo con mayor detalle esa expresión del Señor. Porque Dios no retribuye como lo hacen los hombres y su retribución excede infinitamente lo que merecemos, porque es Él mismo quien se da, quien habita en nuestros corazones, a quien por toda la eternidad contemplaremos extasiados.

Muchos ejemplos podrían citarse recurriendo al Evangelio. Uno de ellos, de particular relieve, tiene lugar luego de la multiplicación de los panes. Después de haber saciado a la multitud, San Juan alude al intento de apoderarse de Cristo para hacerlo rey. En cambio, Jesús sale de allí y busca la soledad:

“Al ver la gente la señal que había realizado, decía: «Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo.» Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarlo por la fuerza para hacerlo rey, huyó de nuevo al monte él solo.” (Jn 6,14-15)

Y poco después, el Señor explicita el sentido del acontecimiento:

“Jesús les respondió: «En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado. Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello.» (Jn 6,26-27)

No vieron “signos” significa que no fueron capaces de trascender al significado de lo que Jesús había hecho, al multiplicar los panes. Es verdad que aquí se conjugan, en cierta forma, las dos primeras tentaciones. El pueblo que busca a Cristo sólo para saciar su hambre física (por eso no es capaz de ver el signo como signo) y la vanagloria o reconocimiento indebido que se le tributa y que Jesús rechaza yéndose solo a la montaña.

El obrar cristiano, que se sigue del ser cristiano, no se orienta como punto final a saciar el hambre de la tierra sino a recibir, de Dios, el Pan del Cielo y, definitivamente, la Vida Eterna. No porque el pan de la tierra sea malo –como ya lo señalamos en la primera tentación– sino porque el

fin del camino en este mundo no termina aquí, sino en la Patria Celestial. Porque hacia allí se debe orientar todo, a ese fin, a esa plenitud, a esa realidad definitiva se deben ordenar todas las cosas.

El monte elevado

Todavía lo lleva consigo el diablo a un monte muy alto, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: Todo esto te daré si postrándote me adoras. Le dice entonces Jesús: Apártate, Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto.

(Mt 4,8-10)

Ha fracasado nuevamente la tentativa del Demonio. Jesús ha respondido con las palabras de la Escritura cortando así todo diálogo y el Tentador lo lleva entonces al plano más elevado y a la tentación más grave, que está en el origen de todo mal: la soberbia. San Juan llama precisamente así a esta tercera tentación: “*soberbia de la vida*” (1 Jn 2,16). El escenario cambia por completo y hasta

parece adquirir proporciones misteriosas, más allá de geografías y de tiempos, casi como abarcándolos todos. El evangelio nos enfrenta a la contemplación universal, de los reinos, las glorias y los poderes del mundo.

Hemos observado una progresión en las dos primeras tentaciones que acechan al cristiano durante su combate en este mundo. En la primera, la debilidad de la carne, que lleva al hombre a considerar los bienes materiales o corporales con prescindencia de Dios, al margen del Padre celestial, cediendo así a una visión naturalista. Pero los anhelos humanos no pueden evadir el ámbito espiritual y, por ello, en la segunda tentación el demonio sugiere buscar la propia gloria, el reconocimiento del mundo, bajo las apariencias de religiosidad y, también por ello, al margen del Padre. El Tentador pretende que el hijo de Dios se glorifique a sí mismo, que desee solamente la aprobación del mundo, que use mal de su vínculo con el Padre. Con estas dos tentaciones, decíamos, se combate la fe y la esperanza que debe caracterizar a los hijos de Dios.

Pero la tercera tentación que nos asedia es la más espiritual, la corrupción más directa y más profunda de lo más noble que el hombre puede

tener: la Caridad. Es verdad que en la primera tentación el horizonte sobrenatural quedaba relegado a un segundo plano, o directamente olvidado o reemplazado por las cosas de la tierra, pero se trataba de un ataque más bien indirecto: las preocupaciones de este mundo adquirirían tales dimensiones que trataban de ocupar todo el corazón del hombre. En la segunda sucedía algo similar, pero en un orden superior, en lo que es más propio del alma, usando mal de los bienes divinos, puestos al servicio de la autoglorificación. Ya se trata, como hemos visto, de un deseo más hondo, más radical y más elevado. En ambas tentaciones el demonio empleaba la expresión “*si eres hijo de Dios*”. En la tercera, en cambio, esa denominación ha desaparecido; de ningún modo puede aplicarse, porque el Demonio propone precisamente una separación total, una desvinculación absoluta y directa con respecto al Padre, para que, a su vez, el hombre quede vinculado al Demonio, sucedáneo fatídico y caricatura grotesca del Padre, denominado, no por casualidad, “*Padre de la Mentira*” (Jn 8,44).²⁵

Santo Tomás, exponiendo el modo en que el Demonio aspiró a ser como Dios, hace dos

²⁵ Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, III, Q. 41, art. 4.

afirmaciones importantes que pueden ayudarnos a entender la gravedad de esta tentación. La primera es que pretendió una cierta semejanza en cuanto que quiso alcanzar la bienaventuranza no por la gracia sino por la naturaleza, es decir, por las propias fuerzas. Y la bienaventuranza por naturaleza es algo propio y exclusivo de Dios. La segunda, que se sigue de la primera, es que pretendió “*un cierto principado sobre los demás seres*”.²⁶ Todo esto se refleja en la tercera tentación que presenta San Mateo (segunda en el orden de San Lucas) donde el Demonio aparece como ocupando ese lugar preeminente y teniendo poder para dar el dominio del mundo a quienes lo adoren.

El Evangelista, sin precisar el sitio concreto, señala como ámbito de esta tercera tentación “*un monte muy alto*” (Mt 4,8). Con ello –y como los comentaristas de este pasaje han puesto de manifiesto desde antiguo– se puede ver también la progresividad: primero el desierto, luego la altura de Jerusalén y del Pináculo del Templo y, finalmente, la máxima altura del Monte. San Lucas alude también a un ámbito elevado que, sin excluir una posición topográfica concreta, es excedida por

²⁶ Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, Q. 63, art. 3.

el tipo de visión que allí tiene lugar. Dicha posición no implica una contemplación directa y ocular de la totalidad de los reinos del mundo. Lo que sí interesa acentuar es el sentido de la visión, más que el modo concreto en que se produce o la localización real del hecho. San Mateo aludirá nuevamente a un monte elevado para referirse a la Transfiguración del Señor.²⁷ Allí le será mostrada a Pedro, Santiago y Juan, la gloria de Jesucristo. Y San Juan, en el Apocalipsis, será llevado también a un monte muy alto para contemplar, no ya las glorias vanas de este mundo sino la Jerusalén Celestial.²⁸

El episodio se abre con la acción del Demonio conduciendo a Cristo hacia el lugar que ha elegido para tentarlo. Ello no implica debilidad alguna en Cristo sino, veladamente, el drama entre el Espíritu de Dios y el espíritu del mal. Hay una permisión de Dios para que el Tentador lleve a

²⁷ *“Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los lleva aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.” (Mt 17,1).*

²⁸ *“Me trasladó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la Ciudad Santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, y tenía la gloria de Dios. Su resplandor era como el de una piedra muy preciosa, como jaspe cristalino.” (Ap 21,10-11).*

Jesús hacia lo alto. Un misterioso dejar actuar al poder de las Tinieblas. Que ciertamente no implica un poder real sobre Cristo, sino la propia entrega de Jesús por amor al Padre. El Señor aludirá a este misterio, tiempo después, en el contexto de su Pasión, diciendo que *“esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas”* (Lc 22,53). Y en San Juan les dice a los apóstoles:

“Ya no hablaré muchas cosas con vosotros, porque llega el Príncipe de este mundo. En mí no tiene ningún poder; pero ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado.” (Jn 14,30-31).

Si comparamos este texto con el acontecimiento de las tentaciones, podemos ver cómo lo que Jesús realiza allí está motivado en el amor al Padre: nuevamente, la condición filial resplandece.

La tercera tentación muestra de modo germinal el dinamismo de la Pasión, ya desde Getsemaní, donde Jesús se postra ante el Padre (Lc 22,41-42; Mc 14,35-36; Mt 26,39) contradiciendo lo que el Tentador le sugiere aquí: postrarse ante él, adorar al Demonio, triunfar gracias a los poderes del mundo. El Reinado de Cristo no proviene del mundo (Jn 18,36) no tiene allí su fundamento, no se

construye desde los poderes de la tierra ni mucho menos a partir de las falsas aunque aparentes glorias. Él domina la creación entera; los reinos que el Tentador le presenta no son nada ante Él; las glorias del mundo son meras sombras ante la Gloria del Creador.

Esta perspectiva es válida, análogamente, para los hijos de Dios, frente a las tentaciones del poder y de la gloria mundana. Los hijos de Dios deben advertir lo glorioso de su propia condición, no por sí mismos, obviamente, sino por donación amorosa del Padre. A menudo no se dan cuenta de la grandeza que significa serlo y miran con envidia los precarios esplendores que proporciona el mundo.

Nuevamente, en la parábola del Sembrador, parece haber una referencia también a esta tentación culminante, reflejada en el tercer tipo de suelo en que la semilla cae:

“El que fue sembrado entre los abrojos, es el que oye la Palabra, pero las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas ahogan la Palabra, y queda sin fruto.” (Mt 13,22)

Las riquezas representan mucho más que una determinada cantidad de dinero. Es el “Otro Señor” al que Jesús hacía alusión al contraponerlo al verdadero Dios (Mt 6,24). No se puede servir a ambos, la exclusión es total. Y en esta tercera tentación, el Demonio pretende ser servido, ser adorado. Aquellas riquezas lo representan, en definitiva, a Él, pero de manera seductora, atrayente, con falso brillo. No es casual que San Pablo diga que *“la codicia es una idolatría”* (Col 3,5) o que *“el afán de dinero es la raíz de todos los males”* (1 Tim 6,10).

El Demonio se muestra como una grotesca imitación de lo divino, puesto que pretende ocupar el lugar de Dios. El dominio, el poder y la gloria le pertenecen a Dios (Ap 4,11) y se dan en Cristo, el Cordero degollado, en especial a causa de su Pasión (Ap 5,12; Flp 2). En el Antiguo Testamento tenemos una singular expresión en el Salmo segundo, donde también allí aparece el tema del dominio que El Señor confiere a título de herencia –por lo tanto, vinculado a la condición filial– y en un contexto de conflicto porque las naciones amenazan al Ungido y se levantan contra Dios.

“te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra.” (Sal 2,8).

Otro pasaje clásico aparece en el libro de Daniel, referido al Hijo del hombre, con resonancias en el Apocalipsis:

“A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás.”
(Dan 7,14).

El Demonio muestra y promete dar la gloria y el poder del mundo, de manera inmediata y efectiva. Resuena aquí, fugazmente y como contrapartida absoluta, la acción divina que muestra y promete la tierra a Abraham:

“Dijo Dios a Abram, después que Lot se separó de él: Alza tus ojos y mira desde el lugar en donde estás hacia el norte, el mediodía, el oriente y el poniente. Pues bien, toda la tierra que ves te la daré a ti ya tu descendencia por siempre.” (Gn 13,14-15)²⁹

El Santo Patriarca contempla y recibe la tierra por gracia, como un don divino, no por conquista ni por fuerzas, convicciones o planes meramente humanos. Conviene recordar que esa Tierra se ordena también a la condición filial: en

²⁹ Ver también el caso de Moisés, en Dt 34.

ella vivirán y de allí obtendrán el alimento los “hijos de la promesa”, que adelantan en el Antiguo Testamento, a “los hijos del Padre celestial” en el Nuevo. Por eso, tierra y descendencia están relacionados. En la segunda bienaventuranza Jesucristo afirma este rasgo tan propio de la condición filial, que Él vive en plenitud:

“Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia [kleronomesousin] la tierra.” (Mt 5,4).³⁰

Con frecuencia, en las Escrituras, el acto de “dar” se atribuye a Dios como sujeto y alude a una acción divina. Dios es quien da la Tierra en posesión a su pueblo, porque a Él le pertenece. Él da la victoria sobre enemigos poderosos, Él da de comer a su pueblo como se alimenta a un niño pequeño que no puede procurarse el sustento por sí mismo.³¹ Jesucristo da su propio Cuerpo y Sangre

³⁰ El verbo griego *kleronomeo* (poseer, heredar) es el que emplea también la versión de los LXX para traducir el hebreo *najalá* (heredad). Cfr. H. BALZ; G. SCHNEIDER, *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, vol. I, col. 2344 – 2348. El comentario a la segunda bienaventuranza en H. BOJORGE, *Las Bienaventuranzas*, p. 25 – 31.

³¹ “Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer.” (Os 11,4)

en la Eucaristía como alimento de Vida eterna. El Padre celestial “*dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan*” (Lc 11,13) será dado en nombre de Jesucristo (Jn 14,26) y el mismo Jesucristo también lo da: “*Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.*” (Jn 20,22).

Pero, además del “dar” está el “mostrar”, el hacer ver. Hay una propuesta “contemplativa”, el acto más elevado del hombre, viciado aquí por obra del Tentador. El Demonio pretende usar de lo más noble, y pervertirlo. La perversión de lo contemplativo es la peor de todas, por lo que significa en sí mismo y por la sutileza que implica. Es el Demonio quien muestra, quien direcciona la mirada, quien pretende saciarla. Y en esto también hay un intento de usurpación de lo que sólo a Dios corresponde. La vida contemplativa, tal como enseña la tradición cristiana y, en ella, especialmente Santo Tomás, consiste en la consideración de la verdad en sí misma; y lo que define esa vida es, principalmente, la verdad divina.³² Y toda verdad, además de la verdad divina,

³² “*Como elemento principal pertenece la contemplación a la verdad divina, porque tal contemplación es el fin de toda la vida humana [...] hay cuatro cosas que pertenecen, según un orden, a la vida contemplativa. En primer lugar, las virtudes morales; en segundo lugar, otros actos destinados a la contemplación; en*

en cuanto ordenada a ella. Por el contrario, el Demonio dirige la mirada hacia los reinos del mundo y sus glorias, al margen de Dios, al margen de la Verdad, queriendo centrarnos en las apariencias, en lo que no dura, en lo que tan pronto perece. Y, como resonancia de las anteriores tentaciones, dejar de lado lo único verdaderamente importante, desplazar a Dios y reemplazarlo por la creatura.

El discurso del Tentador es más prolongado y complejo que en las dos ocasiones previas. No hace una simple sugerencia ni expresa un imperativo, sino que ofrece ciertas razones que fundan su propuesta. Invita y promete algo muy grande y atractivo, aduciendo pruebas que parecieran legitimar su propio dominio. Inicialmente sorprende el motivo por el que Satanás se atribuye la posibilidad de dar esa gloria y ese poder mundano a quien él lo desee. El texto lo señala: “*me ha sido entregada*” dice el Demonio con respecto a lo que promete darle a Cristo.³³ Según

tercer lugar, la contemplación de los efectos divinos, y en cuarto lugar, lo propiamente contemplativo, que es la contemplación misma de la verdad divina.” S. TOMÁS DE AQUINO, Suma Teológica, II-II, Q. 180, a. 4.

³³ Para explicar esa expresión hay que tener en cuenta, además de las posibles interpretaciones en la línea de la permisión de Dios,

esto, los poderes le pertenecen no por derecho propio sino a causa de una donación o, al menos, de una permisión. En el libro del Apocalipsis, refiriéndose a la Bestia del mar, San Juan expone este misterio, ciertamente paradójico:

“Se le concedió hacer la guerra a los santos y vencerlos; se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación. Y la adorarán todos los habitantes de la tierra cuyo nombre no está inscrito, desde la creación del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado.” (Ap 13,7-8).

La concesión de estos poderes están atribuidos al Dragón (Ap 13,2), pero en el v. 7 – recién transcrito– la referencia parece aludir a que es Dios quien permite, en sus planes providenciales, que tales poderes se ejerzan, al menos por un tiempo, que es el tiempo de purificación de la Iglesia, el tiempo de su combate en este mundo.³⁴ Con razón se ha señalado el vínculo entre el pasaje del Apocalipsis y la tercera tentación, tanto por ese enigmático pero nefasto poder del mal, como por la adoración universal del

que el demonio puede perfectamente haber mentido o, al menos, tomado una verdad parcial, deformándola para tentar.

³⁴ Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, Q. 64, art. 4.

Demonio, a excepción del caso de los elegidos, que no lo adoran, que no le rinden culto, que se resisten a postrarse ante él.

Además, se ha visto, también aquí, una perversa imitación de la Trinidad. En el cap. 13 del mismo libro, aparece el Dragón confiriendo poderes y glorias; la Bestia del Mar recibéndolos, blasfemando y actuando contra los santos, herida por la espada pero habiendo revivido (Ap 13,14) como una torcida semejanza del “*Cordero degollado pero de pie*” (Ap 5,6; 14,1); y, en tercer lugar, la Bestia de la Tierra, semejante a un cordero pero con el hablar de la serpiente (Ap 13,11) realizando señales de fuego, animando la imagen de la Bestia precedente, marcando a los impíos en la mano y en la frente, y como seductor de las naciones.³⁵

La tercera tentación adquiere, por ende, rasgos apocalípticos, poniendo el conflicto en términos de una acentuada universalidad y mostrando que la pretensión del Demonio, al perseguir a la Iglesia, se dirige contra Cristo, y más precisamente contra el carácter esponsal aludido en el Apocalipsis al describir las “bodas del

³⁵ Cfr. J. BONSIKVEN, *L'Apocalypse de Saint Jean*, p. 221 ss. que desarrolla ampliamente estos temas y comparaciones.

Cordero”. Como lo señala el Catecismo de la Iglesia Católica, toda la Sagrada Escritura se encuentra enmarcada en una gran inclusión, entre dos “bodas”: la de nuestros primeros Padres al comienzo y las del Cordero en la consumación de los tiempos.³⁶ Y el Demonio detesta sobremanera el Amor de Dios y los vínculos que este Amor engendra.

En la primera tentación se buscaba deslindar o diluir como innecesario el horizonte sobrenatural y, por ello mismo, quitar el fin de la auténtica adoración, puesto que la adoración ordena la vida hacia lo que se adora. En la segunda, poner la religión al servicio de la propia gloria, relativizando la Palabra de Dios y buscando la recompensa del mundo. Ahora se ve, en esta tercera tentación, cómo el Demonio se erige en el lugar de Dios, prometiendo el dominio del mundo a quienes lo adoren y quebrantando por completo el orden de la Caridad.

Quitado el horizonte sobrenatural, debe vivirse solamente para el mundo, pero hacerlo al margen de Dios, implica necesariamente la adoración del Demonio, príncipe ilegítimo y

³⁶ Cfr. *CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA*, n° 1602.

perverso, con poderes reales, pero definitivamente efímeros. La idolatría esconde un profundo drama, puesto que adorando a una creatura como si fuera Dios, sólo de la creatura se puede esperar recompensa y, por lo tanto, toda esperanza se vuelve caducidad tenebrosa, todo poder y gloria se convierte en vanidad, vacía e insustancial. El naturalismo de la primera tentación, agravado en el relativismo religioso de la segunda, termina en la idolátrica apostasía de la tercera. Así, recordemos como en las dos primeras tentaciones se desvirtuaba más bien el sentido de la fe y de la esperanza, y aquí se pervierte el de la Caridad. Obviamente que no se trata de dimensiones excluyentes, sino de ciertos acentos teológicos que parecen definir puntos capitales de cada tentación.

El Tentador promete poder y gloria como premio a quienes le ofrezcan adoración. Hay, por ende, un acto de idolatría. Pero esa idolatría es, en realidad, la expresión de la apostasía y de la soberbia. Los profetas habían denunciado y fustigado incisivamente la idolatría en la que Israel cayera una y otra vez, y empleaban, en ocasiones, el vocabulario del adulterio, para referirse a tal impiedad. Porque el idólatra le entrega su amor a un falso dios, en vez de entregarse al Dios verdadero. Es verdad que la idolatría deforma el

sentido y la expresión de la religión pero, en cierto aspecto implica también un desprecio por la Caridad, un quiebre de los vínculos salvíficos de la Alianza, tanto la Antigua como la Nueva. Aquí también nos encontramos con una “*conversio ad creaturas*” bajo la forma de idolatría –adorando al Demonio– cuyo centro esencial es la “*aversio a Deo*” bajo la forma de apostasía y, sobre todo, de soberbia. No es, por lo tanto, la mera adoración del demonio, sino el rechazo total a Dios, lo que está en el fondo de esta tentación y del pecado que de ella se sigue.

Queremos insistir aquí en la importancia que tiene el tema de la apostasía. Dice Santo Tomás que la apostasía de la fe “*aparta totalmente al hombre de Dios*”.³⁷ Procede en la línea de un “cambio de situación”, una desvinculación seguida de una nueva vinculación a otra realidad o modo de vida. Implica una separación, un apartarse, un alejamiento que, en la Revelación bíblica está relacionado con lo más esencial del hombre: su vínculo con Dios. Es “*un estado de cosas de suma gravedad, que consiste en abandonar al Dios viviente una vez que se ha entregado uno a Él; en*

³⁷ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II - II, Q. 12, art.1 y 2 ad 3.

otras palabras, designa la apostasía de la fe”.³⁸ La apostasía radical de la tercera tentación no es primariamente la sujeción al Demonio, sino la desvinculación del hombre con respecto a Dios, luego de haber experimentado la gracia de ese vínculo salvífico y, por ende, de la Caridad. Implica así un desprecio al Amor del Padre y la corrupción más flagrante de la filialidad. Y este desprecio es fruto de la soberbia, por lo que Santo Tomás, al analizarla, dice que es el pecado más grave en cuanto a lo que es formal en todo pecado, es decir, la “aversión a Dios”:

*“por parte de la aversión, la soberbia posee la máxima gravedad, porque en otros pecados el hombre se aparta de Dios por ignorancia, por flaqueza o por el deseo de otro bien, pero en la soberbia se aparta de Dios porque no quiere someterse a Él o a su norma [...] Y por ello el apartarse de Dios, que en otros pecados es como una consecuencia, es esencial a la soberbia, y es su acto principal.”*³⁹

³⁸ L. COENEN; E BEYREUTHER; H. BIETENHARD, *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, vol. I, p. 204.

³⁹ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II - II, Q. 162, art. 6.

Y ello es hasta tal punto que suele considerarse a la soberbia, más que un pecado capital, como la “reina y madre de todos los vicios”, como lo señala San Gregorio y reafirma Santo Tomás. Por ello, cuando comenta las tentaciones de Cristo, comparándolas con lo sucedido en el Jardín de Edén, el Angélico destaca que lo propio de esta tercera tentación es precisamente la soberbia:

*“Finalmente llevó la tentación hasta la extrema soberbia, al decir: Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal [...] llevó la tentación a lo que ya no es propio de los varones espirituales, sino de los carnales, es decir, a desear las riquezas y la gloria del mundo hasta el desprecio de Dios. Y ésta es la razón de que, en las dos primeras tentaciones, dijese: «Si eres el Hijo de Dios»; pero sin decirlo en la tercera, que no puede convenir a los varones espirituales, que son hijos de Dios por adopción, como sí les conviene en las dos primeras.”*⁴⁰

Como lo hemos indicado más arriba, en el orden que presenta San Juan las tres concupiscencias del mundo, esta tercera tentación

⁴⁰ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, III, Q. 41, art. 4.

es la que se refiere a la “soberbia de la vida” (1 Jn 2,16). El término que emplea el Apóstol podría traducirse como “fanfarronería”, “jactancia” o “arrogancia”. En la carta de Santiago (4,16) el término se refiere “al modo de vida que se desentiende de la voluntad de Dios y que se manifiesta, ante todo, cuando se hacen planes grandiosos prescindiendo de Dios.” Y también lo significa en San Juan, donde esa “arrogancia del modo de vivir lleva la impronta de la manía de aparentar”.⁴¹ Es, por lo tanto, una vida vacía, que pretende mostrarse poderosa y brillante, pero que, por vivirse al margen de Dios, en el fondo es sólo un resplandor insustancial. Esta expresión de San Juan incluye “tanto la vanidad arrogante de los poderosos como el hecho de que pongan su confianza y basen su seguridad en las posesiones materiales”.⁴² Tal actitud se encuentra en el polo opuesto a la que caracteriza a Nuestro Señor, tal como lo indica la primera bienaventuranza: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3).

⁴¹ L. COENEN; E BEYREUTHER; H. BIETENHARD, *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, vol. II, p. 669.

⁴² R. BROWN; J. FITZMYER; R. MURPHY (eds.), *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, vol II (Nuevo Testamento), p. 597.

La “pobreza de espíritu” en Jesucristo –y por extensión en los demás hijos de Dios– está puesta en relación con la entrega del Reino.⁴³ Ello no es casual, si lo comparamos con la dimensión opuesta en la que consiste esta tercera tentación, donde el Demonio promete también los reinos y poderes del mundo, pero no ya por la humildad de los hijos, sino por la sujeción que pretende a él mismo y que implica la desvinculación del Padre.

Jesucristo enseña con total claridad la imposibilidad de “servir a dos señores”, mostrando la irreconciliable disyuntiva. El Dinero, cuando se pone como fin, es incompatible con la condición de hijos de Dios:

“Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero.” (Mt 6,24).

Lo que el Demonio propone al hombre, al sugerirle que lo adore, es que se separe

⁴³ Es muy significativa la relación entre esta bienaventuranza inicial y el himno de la Carta a los Filipenses. La “exaltación” de Cristo y el reconocimiento universal como *Kyrios* proviene de la humildad con la que, por amor al Padre, se sometió a la Pasión y a la muerte en cruz. “*Por eso, Dios lo exaltó*” (Fil 2,9) afirma allí San Pablo. Cfr. H. BOJORGE, *Las bienaventuranzas*, p. 17–19.

completamente de Dios: el fin es que la creatura le vuelva las espaldas al Creador para que el Tentador ocupe, en cierta manera, su lugar. Romper el vínculo filial (que los hijos de Dios no se sometán más al Padre ni lo sirvan) y, desde otra perspectiva, tal vez más explícita en esta última tentación, quebrar el vínculo esponsal, despreciando el Amor de Dios por la humanidad, puesto que se presenta bajo las oscuras formas de la idolatría, la apostasía y, definitivamente, de la soberbia.

El idólatra y apóstata, en el fondo, tiene el corazón estrecho, empequeñecido, degradado, puesto que considera que podrá saciarlo con bienes que le son inferiores: así se rebaja, se deshumaniza. Ha cambiado el bien divino por cosas pasajeras. Ha substituido la filialidad salvífica por otra filiación que lo condena. Todos los bienes del mundo, todos los poderes y las glorias, no sacian el corazón del hombre, hecho para Dios, con anhelos de infinito, de plenitud en la Verdad y en el Bien divino. Cifra toda esperanza en lo que jamás puede apaciguarlo. Vive sólo para lo cotidiano, para el instante, para lo percedero. Ya no mira hacia lo Alto y su existencia se desdibuja, en medio de su sombrío esplendor. La tercera tentación, en cierta forma, las compendia todas. En ella aparece lo peor de cada una y en todas hay algo de esta última.

Dios, por boca de Jeremías, denunciaba la triste situación de Israel, aplicable a la humanidad que sucumbe al engaño del Demonio. Notemos la claridad con que ambos aspectos son señalados:

“Doble mal ha hecho mi pueblo: a Mí me dejaron, Manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen.” (Jer 2,13)

Esta expresión de Jeremías es magistral, de una abrumadora certeza y plena actualidad. El mundo es así, también el mundo que hoy nos rodea y nos afecta. Mundo que intenta construirse sucedáneos de Dios, que busca por todos los medios, explícitos o velados, reemplazarlo por la creatura, que erige constantemente ídolos, aunque ya no lo sean de madera y piedra. Se ha abandonado la Fuente de Agua Viva y la humanidad ya ni siquiera advierte que las cisternas que se ha construido están agrietadas, no sirven.

En este momento culminante del proceso de tentación el Demonio parece ocupar el trono de Dios; con las glorias y poderes mundanos se pretende sustituir lo que sólo a Dios le pertenece.

Hans Graf Huyn, al analizar la sombría realidad del hombre que pretende una total

autonomía con respecto a Dios, hace una serie de apreciaciones al respecto y cita en su apoyo una idea de Ernst Jünger, quien afirmaba que “*De los altares olvidados han hecho su morada los demonios*”⁴⁴. Este paso definitivo sigue al abandono de Dios por parte de la creatura, que cae así en la vanidad y en la apostasía, expresada adorando al Demonio.

El *olvido de los altares* es el horizonte sin Dios, es el vacío de lo divino que hace sucumbir el corazón de los hombres, corazón que debía ser como un Templo consagrado a Dios y que se ha vuelto una ruina. Y en ese Templo desolado, que reclama la Presencia divina, es donde las fuerzas del mal comienzan a levantar la Ciudad del Mundo, fundada, al decir de San Agustín, en “*el amor de sí hasta el desprecio de Dios*”⁴⁵. Pero los elegidos lo advierten, porque el amor reconoce la presencia del amado⁴⁶ y los fieles, aman con adoración sólo a

⁴⁴ Cfr. H. GRAF HUYN, *Seréis como dioses*, Cap. II, nº 9 (p. 47). La cita está tomada de E. JÜNGER, *Hojas y piedras*, obra publicada en 1934.

⁴⁵ S. AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, Lib. XIV, cap. 28.

⁴⁶ Dice Jesucristo en el Evangelio de San Juan, refiriéndose a Él mismo como Buen Pastor: “*va delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Pero no seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.*”

Dios, aunque ello signifique la pérdida de todas las cosas de este mundo. La Carta a los Hebreos subraya esta línea con elocuencia, diciendo de los justos:

“faltos de todo, oprimidos y maltratados, ¡hombres de los que no era digno el mundo!”
(Heb 11,37-38).

Y San Juan, en su primera Carta, exhorta a los cristianos acerca de este tema con notable precisión y máxima sencillez, quedando muy acentuada, nuevamente, la dimensión filial:

“No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él.” (1 Jn 2,15).

Jesucristo, a la incitación del Tentador, responde otra vez con las Escrituras; recurre nuevamente al Libro del Deuteronomio:

“Está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y sólo a Él darás culto.” (Lc 4,8; cfr. Dt 6,13).

Cuando Jesús hable con la Samaritana le enseñará el sentido de la verdadera adoración, la gravedad del momento presente y la grandeza

(Jn 10,4-5). También afirma San Juan en su primera Carta: *“todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios”* (1 Jn 4,7b).

espiritual de quienes adoran a Dios de manera acorde con su divina voluntad:

“Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y ya estamos en ella, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que lo adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad.” (Jn 4,21-24).

El culto en el Templo se había corrompido al rechazar a Cristo. Ya los profetas, en el Antiguo Testamento, denunciaban las deformaciones del culto. Los hijos son los que adoran al Padre y lo hacen en el Espíritu y en la Verdad. Jesucristo es la Verdad:

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí.” (Jn 14,6).

Por lo tanto, la búsqueda de las glorias del mundo es un importante obstáculo en el orden del vínculo filial con el Padre de los Cielos. La gloria atrae el corazón de los hombres, los seduce, de a

poco los va convirtiendo en hijos de este mundo, los separa del Padre. Es verdad que el Demonio pretende ocupar el lugar de Dios, como ya lo señalamos. Pero podríamos incluso afirmar, que lo que pretende es ocupar el lugar del Padre, pervirtiendo también de esa manera, la dimensión filial y, por ende, el Espíritu de los hijos. Si la adoración define la identidad del adorante, es natural que quienes adoran al Demonio no tengan el Espíritu del Hijo. Lo cual justifica plenamente la incisiva acusación de Jesús contra los fariseos:

“Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira.” (Jn 8,44).

Enérgica expresión de Cristo, mostrando al Demonio como un “padre”, no de la verdad sino de la mentira, del engaño y de la muerte, como el progenitor de un linaje de perdición. Ese es el nefasto padre del que el fariseísmo procede, según las propias palabras de Jesús.⁴⁷ Así sucedió desde el

⁴⁷ San Pablo también reacciona de manera contundente contra una concepción meramente carnal de la estirpe de Abraham:

comienzo, cuando nuestros primeros Padres cedieron a la tentación; desde que la Mujer vislumbrara y pretendiera su propia gloria al margen de la gloria debida sólo a Dios, prestando atención a las insinuaciones del Demonio (Gn 3,6) y desde que Adán abdicara de vigilar el jardín y de hacer respetar el mandamiento de Dios por condescender con su mujer.

La tercera tentación, entonces, se presenta como la distorsión de bienes supremos, del orden religioso y sobrenatural, de realidades que superan (sin excluir) las ambiciones o preocupaciones corporales, como sucedía en la primera o la vanagloria propia de la segunda. En las dos primeras, toda la naturaleza humana, cuerpo y alma, quedaba herida. La tercera incide en el aspecto más noble y elevado de todos: la relación con Dios, de modo mucho más directo. Por supuesto que es necesario aclarar que las tres pretenden, en última instancia, corromper el vínculo filial con Dios, porque en cualquiera de los casos, el mal uso o la orientación definitiva de la

“Pues no todos los descendientes de Israel son Israel. Ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos. Sino que «por Isaac llevará tu nombre una descendencia»; es decir: no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que los hijos de la promesa se cuentan como descendencia.” (Rom 9,6-8).

vida hacia las cosas de este mundo, constituye una falta, nos aparta de Dios, nos vuelve sus enemigos. Y que las tres tentaciones, en cierta manera, están conjugadas, no son meramente sucesivas sino que se van implicando recíprocamente. El Demonio busca corromper la vida teologal y todo el organismo virtuoso, que debe caracterizar a los hijos de Dios; pretende cortar, definitiva y totalmente, el vínculo con Dios.

La adoración de Dios es lo más opuesto a la impía actitud del Tentador. El Demonio, al prometerle al hombre poderes y glorias no se convierte tampoco aquí en humanista. Como ya hicimos referencia en páginas anteriores, detesta al hombre, porque detesta en él lo más noble que puede tener. Detesta un corazón que puede amar al Creador, que está hecho para adorarlo eternamente; detesta la inteligencia que busca la Verdad y la voluntad ordenada que descansa en el Bien. Como lo diagnosticara y expresara muy bien el Padre Horacio Bojorge, el Demonio, en su profunda acedia, detesta el gozo de la Caridad; los verdaderos adoradores le molestan, le obstaculizan su perverso reinado. El Tentador pretende que los hijos de Dios no gocen en el Padre celestial, que no se regocijen en Él, que la gloria divina sea entendida como un mal para el hombre. Que todo

gozo y alegría tenga por único fundamento y fin – endeble y precario– lo mundano, lo terrenal, impidiendo así el gozo de lo divino en este mundo y la Vida Eterna en el venidero.

El momento oportuno

Entonces el diablo lo deja. Y he aquí que se acercaron unos ángeles y lo servían.

(Mt 4,11)

Acabada toda tentación, el diablo se alejó de él hasta un tiempo oportuno.

(Lc 4,13)

Después de la última respuesta de Jesús, el Tentador guarda silencio, se retira, desiste de su intento. Ha sido puesto en evidencia y derrotado por la Palabra de Dios. San Mateo (y también San Marcos en su brevísima alusión) señalan la retirada del Demonio y el servicio de los ángeles, mientras que San Lucas se refiere a la partida del Tentador hasta un tiempo oportuno [kairos]. Porque el desierto ha sido también ámbito de convocatoria para el mundo angélico y, hasta podríamos decir,

para la creación entera. Jesucristo, Dios y hombre verdadero, los ángeles buenos y malos y los animales del campo (Mc 1,13). Hay allí un misterioso punto focal, a partir de la Presencia del Hijo de Dios Encarnado. No ha sido una reunión habitual; salvo Jesús ningún hombre ha estado presente. Pero está el mundo angélico y el mundo irracional, está el bien de los ángeles que sirven a Cristo y el mal que define las acciones del Demonio. Y en Cristo, verdadero hombre, la humanidad que Él asumió para rescatarla del pecado.

Aquello se asemeja a un Paraíso deslucido e inerte, a un yermo desolado y sin límites, donde la vida parece extinguirse. Como si en un jardín frondoso hubiera pasado el viento ardiente de la desolación y la muerte. Y en el centro mismo de aquellos ámbitos, la figura de Jesucristo, el Salvador del mundo, que hará reverdecer el Jardín primigenio con una fuerza y una vitalidad inaudita y muy superior, incluso a la primera. Porque, tal vez, en ese desierto podemos ver, simbólicamente, lo que queda del Jardín donde se cometió el pecado. Al menos, del Jardín que era, en otro tiempo, el corazón del hombre, asolado ahora por la lejanía de Dios y las consecuencias de la Falta original.

El Demonio deja a Cristo, lo abandona, se aleja. Ha concluido el enfrentamiento. Siguen resonando las últimas palabras, que son las de Jesús citando las Escrituras, referidas al Dios Único y verdadero: “*sólo a Él darás culto*” (Mt 4,10). O en el orden de San Lucas, en el pináculo del Templo: “*no tentarás al Señor tu Dios*” (Lc 4,12). Sólo Dios. El Dios Único.

Las palabras de Cristo evocan y revierten aquellas otras, dichas siglos atrás, al inicio de los tiempos cuando el Tentador había triunfado, prometiendo falsamente a nuestros primeros Padres aquél “*seréis como dioses*” (Gn 3,5). Y nos recuerdan el comienzo de la gran oración de Israel: “*Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor.*” (Dt 6,4). Y que el Dios verdadero sea Único no es una mera especulación teológica o una doctrina abstracta. Significa que todo lo que existe proviene de Él y todo debe orientarse hacia Él. Significa que es el Principio y el Fin. Que la vida solamente se realiza, si se vive para Él, para alcanzarlo un día, para contemplarlo en la gloria celestial. Significa que nada debe distraernos en el camino, que nada ni nadie debe apartarnos de la senda que nos conduce a Él. Quiere decir que el hombre es verdaderamente tal cuando Dios ocupa

en su vida el lugar, prioritario y preeminente, que debe ocupar.

También quiere decir que Él nos habla en el desierto, como en otro tiempo le hablara al corazón de Israel, según la magnífica y sugestiva imagen de Oseas: *“Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón.”* (Os 2,16). Israel, como esposa adúltera, ha pecado apartándose de Dios. Es el gran drama de la humanidad entera. Es nuestro drama. La Escritura no nos ofrece simplemente relatos del pasado, historias pretéritas, separadas de nosotros en el espacio y en el tiempo. Lo sucedido en aquellas épocas es nuestra historia, es también nuestro presente. Y, como en el caso de Israel, Dios se dirige a nosotros, nos encuentra en el desierto para enamorarnos de la Vida Eterna, para ofrecernos el gozo más pleno que jamás podríamos soñar y que nunca podríamos esperar si Dios no lo hubiera prometido.

Es muy importante la afirmación de San Lucas acerca del fin del enfrentamiento y el despliegue de un horizonte futuro, donde los ataques continuarán. Alude a un “tiempo” en el sentido fuerte de la palabra, no como mera cronología. Es un tiempo calificado, un momento

clave, un punto crucial. Y ese tiempo es, sobre todo, la Pasión, donde el Demonio no aparece explícitamente, pero actúa mediante sus ministros, ocupando el corazón de Judas y seduciendo definitivamente a los fariseos y miembros del Sanedrín para que condenen a Cristo. Pero el Demonio aparecerá muchas veces a lo largo de la vida de Cristo, expresamente en los exorcismos e implícitamente en su influjo para que Israel y la humanidad rechace al Salvador.

Pero la aclaración de San Lucas no está referida de manera exclusiva a la vida de Cristo, sino también a la nuestra. Y es una advertencia acerca de la constancia del Tentador en repetir sus agresiones contra los hijos de Dios. El libro del Apocalipsis nos ofrece también una pauta fundamental al respecto. Al referirse a la fallida persecución del Demonio contra la Mujer, el último libro de la Sagrada Escritura dice:

“Entonces, despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús.” (Ap 12,17)

La vida cristiana implica necesariamente este enfrentamiento, a causa del Amor divino y fortalecidos y guiados bajo su protección, como

verdaderos hijos amados por Él. Muchas páginas de la Sagrada Escritura nos hablan de este aspecto esencial en la vida cristiana durante su curso histórico. Desde las antiguas batallas de Israel hasta el fin de los tiempos. Y no es casual que el Demonio intente diluir esta convicción de fe cristiana para que abandonemos el combate, desdibujarlo para que no lo veamos, entretenernos en las cosas pasajeras y las vanidades para impedir la contemplación de lo único que verdaderamente vale la pena contemplar.

Epílogo

El desierto es bello –añadió el principito–. Era verdad; siempre me ha gustado el desierto. Puede uno sentarse en una duna, nada se ve, nada se oye y, sin embargo, algo resplandece en el silencio... –Lo que más embellece al desierto –dijo el principito– es el pozo que oculta en algún sitio...

(Saint-Exupéry)

Como a la esposa amada y pecadora en la profecía de Oseas que más atrás hemos citado, así quiere Dios también llevarnos al desierto y hablarnos al corazón:

“Por eso Yo voy a seducirla, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2,16).

Estamos en el desierto, hemos sido conducidos allí por el Espíritu Santo, y Dios quiere abrirnos los ojos y disponer el corazón. Quiere habitar en las honduras del alma y que su Palabra llegue hasta la raíz misma de nuestra existencia. Oseas emplea el vocabulario del amor, el lenguaje misterioso y sugestivo del vínculo sponsal entre Dios y el alma cristiana. Pero no nos envía simplemente al desierto, sino que nos conduce. Y lo hace abriendo el camino, lo hace yendo primero, como primero se ha sumergido en la profundidad de las aguas para dar muerte allí a nuestros pecados. Y yendo Nuestro Señor al desierto se convierte en punto focal, en centro absoluto de convergencia. Lo seguimos atraídos por la fuerza del Amor, como Jesús mismo lo anunciara al referirse al Calvario: “*Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí*” (Jn 12,32). Porque así se cumple el anuncio antiguo de salvación:

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna” (Jn 3,14-15; cfr. Núm 21,4-9).

En medio del desierto, en el ámbito de la desolación, Israel se enfrentaba a la muerte; las serpientes abrasadoras causaban estragos, pero Dios convirtió aquél signo fatídico en signo de Vida. Israel debía elevar la mirada, levantar sus ojos pecadores hacia el signo de Moisés, para contemplar allí una Realidad mucho más honda y recibir de Dios la salvación, *“el que a ella se volvía, se salvaba, no por lo que contemplaba, sino por ti, Salvador de todos.”* (Sab 16,7). Esa trascendencia es de máximo relieve, sobre todo, porque mira hacia Cristo.

Se conjuga así, en el Desierto, la Vida y la Muerte, el Antiguo y el Nuevo Testamento, la persecución a los hijos de Dios, las agresiones y las tentaciones, el dolor y el gozo, el odio del mundo y el Amor de Dios.

El Señor, al conducirnos por el desierto, por las soledades de este mundo, quiere que lo descubramos a Él, quiere que florezca nuevamente *el amor primero* (Ap 2,4). Es verdad que nos da a conocer a nuestro Enemigo, pero lo hace porque nos ama. Por eso, en el desierto, Dios tiene la primacía total, Él es quien debe atraer nuestra mirada, nuestra atención, nuestra dedicación, nuestro amor. Y porque es así, combatimos al

Demonio, al Pecado, al Mundo que rechaza al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Evocando el párrafo que transcribimos de Saint-Exupéry, Dios es ese pozo oculto que da sentido al desierto. Él es la belleza del desierto. Él es el Agua que sacia nuestra sed de eternidad. No siempre vemos más allá de la desolación, no siempre escuchamos más que el silencio. Pero siempre está allí, no *algo* sino *Alguien* que resplandece, cuya Presencia da sentido a todas las cosas.

La soledad del desierto despeja las distracciones, nos concentra en lo fundamental. Y por eso Dios, allí, nos habla al corazón al mismo tiempo que hace callar al Enemigo con la fuerza poderosa de su Palabra. No se pronuncian muchas palabras, no escuchamos grandes discursos, ni prolongadas disertaciones. Sólo pocas frases, pero esenciales, imprescindibles. Y también ello se funda en la lógica del amor. Algo similar, como no podía ser de otra manera, sucederá en el Calvario, con aquellas pocas palabras, aquellas frases tan breves y tan hondas. Y de esa admirable convergencia de Palabra y Silencio, brota una elocuencia inaudita, tal como sucede en los diálogos del Amado con aquél que ama. Hay

mutuas comprensiones, recíprocas inteligencias, secretas armonías en las que se va descubriendo, poco a poco, la maravilla, la prodigiosa hermosura de los caminos de Dios.

Oración a María Santísima

Bajo tu amparo nos acogemos
Santa Madre de Dios
Nos desprecies las súplicas
que te dirigimos en nuestras necesidades
Antes bien, líbranos de todos los peligros
Oh Virgen Gloriosa y Bendita
Amén.

Oración a San Miguel Arcángel

San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla.
Sé nuestro amparo contra la perversidad
y asechanzas del demonio.
Reprímale Dios, pedimos suplicantes,
y tú, príncipe de la milicia celestial,
arroja al infierno con el divino poder
a Satanás y a los demás espíritus malignos
que andan dispersos por el mundo
para la perdición de las almas.
Amén.

Índice

Prólogo	5
El horizonte desolado del mundo.....	15
Israel en el desierto.....	29
El Descenso divino en el Jordán	43
El Combate cristiano.....	57
Panes y Piedras	71
La Ciudad Santa.....	95
El Monte elevado	135
El momento oportuno.....	165
Epílogo.....	171

Este libro fue impreso en: "La Imprenta Digital SRL"

www.laimprentadigital.com.ar

Calle Talcahuano 940 Florida, Provincia de Buenos Aires

En el mes de enero del año 2018